

# Álvaro Cuadra



## La guerra de Augusto

A Cuarenta años: Crónica de un golpe de estado

# Índice

## *Introducción*

- I. *¿Es que la dictadura militar ha terminado?*
- II. *El lugar sin límites*
- III. *Mentiras, silencios y censuras*
- IV. *Felonia, cobardía y traición*
- V. *El corazón de las tinieblas*
- VI. *Racionalidad, terror y perversión*
- VII. *Chacarillas: El diseño dictatorial*
- VIII. *Los amigos de Pinochet*
- IX. *Augusto Pinochet: El ícono*
- X. *Augusto Pinochet y el Nuevo Orden Mundial*
- XI. *Signos de una dictadura: Decir. Ver. Hacer*
- XII. *Una dictadura de extrema derecha*
- XIII. *La guerra de Augusto*
- XIV. *La muerte de Augusto*
- XV. *Lecciones de una dictadura*

## *Epílogo*

# A Cuarenta Años: Crónica de un Golpe de Estado

## Introducción

No es fácil referirse a los sucesos del once de septiembre de 1973, dejando fuera las propias pasiones. Es así porque se trata de un acontecimiento traumático para una gran mayoría de chilenos, cuyas consecuencias debemos vivir cotidianamente hoy. El Golpe de Estado ocurrido hace ya más de tres décadas no es un hecho histórico sepultado en el pasado. Por el contrario, el presente económico, político y cultural del Chile actual no se explica sino por aquella fecha.

La dictadura militar diseñó la matriz de la cual emerge el Chile de hoy. Un modo particular de organizar la economía, el neoliberalismo. Una manera de administrar la política, una democracia de baja intensidad. Un tipo de cultura adversa de toda forma colectivista o asociativa, el individualismo. Este molde sigue vigente en todas y cada una de sus partes. Cualquier observador desapasionado debe consentir que el diseño militar ha sido objeto de escasas medidas cosméticas. Bastará pensar, por ejemplo, en la Constitución Política que sigue siendo la pauta general sobre la que se ordena la vida nacional.

El sentido último de esta reorganización militar del Chile contemporáneo, ha sido y es, salvaguardar la tradición y el orden de la nación. Es decir, como afirmó el mismo Pinochet: salvar vida y fortuna a las elites dirigentes que sintieron amenazados sus privilegios. Dicho con absoluta honestidad, debemos admitir que las vigas maestras del diseño militar han funcionado hasta nuestros días, cumpliendo cabalmente el propósito para el que fueron creadas. Desde la ley electoral hasta la legislación en torno a la salud, la previsión social o las leyes tributarias.

En rigor, la llamada Concertación de Partidos por la Democracia, no ha hecho sino administrar el modelo heredado, con el claro compromiso de garantizar su continuidad. De suerte que más allá de sus epilépticas bravatas y del gastado discurso demagógico, los personeros concertacionistas han actuado más como “estafetas” de la derecha económica que como representantes del pueblo. Incapaces de llevar adelante un proyecto histórico alternativo, se han sumido en una atmósfera de ineptitud y de, para decirlo con elegancia, “debilidad moral”.

Como en una mala novela de terror, el amnésico Chile de hoy vuelve su mirada a las luminosas vitrinas del consumo suntuario, a las rutilantes pantallas de plasma, mientras en el patio desentierran osamentas de algún vecino o pariente. Son los muertos silenciados por esta historia macabra que todavía persiste, obstinada, en ocultar cadáveres en el ropero. El once de septiembre no ha terminado en nuestro país, está presente en cada línea de la Constitución, en el opaco gris de los cuarteles y comisarías; en la risa socarrona del “honorable”, y en muchos “hombres de negocios”. El once de septiembre sigue vivo en quienes tanto le deben al general.

El crimen cometido en Chile no atañe, tan sólo a los dramáticos sucesos conocidos por todos. El verdadero Mal está todavía con nosotros, en nuestra vida cotidiana, en la injusticia naturalizada y aceptada como desesperanza. La verdadera traición a Chile es haber impedido que, por vez primera, aquel hombre y aquella mujer humildes, hubiesen comenzado a construir su propia dignidad en sus hijos, y en los hijos de sus hijos.

En un sentido último, Augusto Pinochet Ugarte, fue la mano tiránica que interrumpió la maravillosa cadena de la vida. Como Caín, el general asesinó a sus hermanos, ofendiendo al Espíritu que late en el fondo de la historia humana. Sus obras, su herencia lamentable ya la conocemos: generaciones de chilenos condenados al infierno de la ignorancia, la

pobreza, el luto y la indignidad. En el Chile del presente no hay paz para los muertos como tampoco la hay para los vivos.

Más allá de las complicidades de la mentira para ocultar la naturaleza de aquella tragedia; por mucho que se esfuercen algunos falsos profetas en exorcizar las cenizas, enseñando la resignación; y más allá de los demagogos de última hora que administran hoy el palacio: hay un pueblo silencioso y paciente que encarna el advenimiento histórico de un mundo otro

**Álvaro Cuadra**

Santiago de Chile, 2013

## A Cuarenta Años: Crónica de un Golpe de Estado I

### ¿Es que la dictadura militar ha terminado?

#### 1.- Backyard: El patio trasero

Preguntarse por el fin de una dictadura militar como la chilena bien pudiera parecer una obviedad. Es como preguntar por el fin del *Tercer Reich* o la *Guerra Fría*, pues, todos los signos indican que, en efecto, la historia ha señalado un ocaso. Pero debemos ser cautos e insistir en la pregunta, más todavía en la experiencia chilena, pues pareciera que lo que dábamos por finiquitado persiste obstinado de mil maneras en la vida social y política de nuestro país. Instalada la interrogante, surge la inquietante sospecha de que no se trata de enmarcar en un paréntesis un determinado régimen de terror (1973 – 1989), pues los paréntesis suelen ser porosos, cuando no, ilusorios. Si nuestra sospecha es correcta, habría iniciar una reflexión con la hipótesis de que el golpe de estado de Augusto Pinochet se fraguó mucho antes de lo que indican las fechas oficiales y todavía no termina.

Si hemos de darle crédito al *Informe Church*, un documento elaborado por el Senado estadounidense en 1975, lo cierto es que la *Casa Blanca* a través de su servicio de inteligencia CIA financió la desestabilización del gobierno de Salvador Allende desde que éste fuera elegido en las urnas, antes de que asumiera la presidencia del país en 1970. De hecho, en una tradición inaugurada en Italia en 1948, la CIA intervino en

las elecciones chilenas de 1964 y 1970. Richard Nixon y su secretario Henry Kissinger, quienes encabezaban el gobierno, entonces, fueron los artífices que vieron culminada su obra en septiembre de 1973 como parte de una estrategia mundial inscrita en la *Guerra Fría*.

No es necesario forzar la historia para demostrar con nítidos antecedentes que la conspiración anti allendista fue obra de una potencia extranjera y que ésta comenzó, por lo menos, tres años antes de los fatídicos acontecimientos como una sistemática *acción encubierta*. Todo lo acontecido durante los llamados mil días del gobierno popular: boicot diplomático y económico, atentados terroristas, huelgas de gremios profesionales y empresariales, presión al interior de las fuerzas armadas, y una orquestada campaña de prensa encabezada por *El Mercurio*, respondió en gran medida a los dólares invertidos en Chile, tanto por agencias gubernamentales estadounidenses como por corporaciones multinacionales.

Desde la perspectiva de Washington, el gobierno de Salvador Allende significaba un riesgo serio y la amenaza de una “*segunda Cuba*” en América Latina y con ello una expansión del poder comunista soviético. Recordemos que aquel mismo año, el gobierno de Nixon se retiraba de Viet Nam como fruto de una negociación en París. Recordemos, además, que la intervención norteamericana en Latinoamérica no era nada nuevo en su agenda política regional; después de la Segunda Guerra Mundial cayeron los gobiernos de Arbenz en Guatemala, Goulart en Brasil y la República Dominicana fue invadida igual que Granada y Panamá años más tarde. Hasta el presente, todas las administraciones en la *Casa Blanca* han mantenido el bloqueo a Cuba y una hostilidad explícita a cualquier régimen de corte democrático popular, como es el caso de Venezuela, Ecuador o Nicaragua.

## 2.- La alegría ya viene

La dictadura de Augusto Pinochet deja el poder ejecutivo en el marco de su propia institucionalidad. Este hecho marcará la llamada transición pacífica a la democracia, con el aplauso no disimulado de Elliot Abrams. Con escasas medidas cosméticas, los gobiernos de la Concertación debían gobernar con las reglas heredadas de la dictadura y con el compromiso de no tocar a ninguno de los cómplices del general durante su gobierno. La Concertación de Partidos por la Democracia gobernaría durante cuatro gobiernos sucesivos sin alterar, en lo fundamental, el modelo económico ni el modelo político diseñado por el dictador.

El resultado de casi dos décadas de “gobiernos democráticos” en que se alternaron la Democracia Cristiana y el Partido Socialista generó en el país más expectativas que resultados. La gestión concertacionista logró naturalizar un orden constitucional, revistiéndolo de una pátina republicana que no hacía sino consolidar lo que algunos han llamado una “democracia de baja intensidad” Como todo proceso, éste no estuvo exento de graves debilidades entre sus propios protagonistas y, en el límite, de una degradación de la cuestión pública en que se mezclaron negocios y política. En pocas palabras, una “constitución de facto”, ilegal y corrupta en su origen, terminó de corromper a una clase política que olvidó los grandes valores que decía defender para comenzar a defender los valores bursátiles y a las grandes empresas.

Los últimos gobiernos concertacionistas, insistiendo en un “pastiche republicano”, no lograron mantener la unidad en sus propias filas ni impedir que los escándalos se sucedieran. El proceso hizo crisis en las últimas elecciones presidenciales, dándole una mayoría circunstancial al actual mandatario, representante del empresariado y la derecha extrema. En el presente, la movilización social pone de manifiesto un cierto “malestar ciudadano” con el actual estado de cosas. Se ha planteado la necesidad de una “Asamblea Constituyente”, cuestión que



divide a las distintas corrientes progresistas y democráticas ante la posibilidad de un eventual gobierno liderado por Michelle Bachelet.

La Concertación constituyó un instrumento político de la década de los ochenta respaldado por el gobierno de los Estados Unidos. Durante dos décadas, este conglomerado de partidos articuló una política de consensos cuyo resultado está a la vista: Un gobierno de derechas. No es fácil, por tanto, proyectar un “revival” concertacionista en los años venideros, pues la realidad social y política es muy diferente a aquella de los años ochenta y noventa. Pareciera que todo se juega en un programa que se haga cargo de reformas serias y profundas en el sistema económico y político. No es posible conjugar, al mismo tiempo, la herencia de Pinochet en lo económico y lo político con el creciente malestar de la población.

Los acelerados cambios culturales verificados en esta primera década del siglo XXI instalan a las nuevas generaciones en coordenadas que exceden incluso los límites históricos nacionales, de tal suerte que surgen reclamos democráticos que no admiten los límites estrechos de una sociedad altamente autoritaria, clasista y excluyente. Los movimientos estudiantiles han mostrado ya los síntomas de estas nuevas tendencias políticas y culturales que instalan nuevos horizontes de sentido en nuestra sociedad, ante los cuales ni el actual orden institucional ni la clase política que quiere gestionarlo está a la altura.

### 3.- Pinochetismo sin Pinochet

La dictadura del general Augusto Pinochet se planteó como un régimen fundacional, esto es, como un punto de inflexión en la historia del país. Para llevar a cabo este propósito legó a las generaciones posteriores una carta constitucional diseñada, expresamente, para preservar un modelo económico y político que asegurara el dominio ganado por la fuerza de las armas para los sectores de derecha. Si bien la historia ya ha barrido de escena las cenizas del dictador, no ha ocurrido lo mismo con el diseño institucional sancionado por la junta militar en los años ochenta del pasado siglo.

El Chile de hoy no es sino la prolongación pseudo democrática del poder heredado por los políticos y empresarios de extrema derecha desde aquella pagana noche en *Chacarillas*. Fue allí, una fría noche de julio de 1977 cuando un grupo de fanáticos, devotos del Opus Dei, nacionalistas o pretendidos liberales, sellaron el pacto entre el terror militar y la elite política y empresarial que nos gobierna en nuestros días. Mientras muchos hogares en modestas *poblaciones* eran allanados cada noche, mientras muchos chilenos eran torturados, exiliados o asesinados, los poderosos celebraban sus nupcias con el sátrapa.

Hasta nuestros días permanece intocado un sistema electoral que impide la expresión genuina de un pueblo, mediante artificios legales que dejan fuera a los partidos pequeños. Hasta el presente, la impunidad de civiles y militares es la atmósfera naturalizada de nuestro quehacer político. Contra la opinión de sentido común, es necesario señalar que la dictadura en Chile no ha terminado: No ha terminado para los pueblos originarios que solo reciben una feroz represión de parte de las autoridades por reclamar sus derechos ancestrales. Tampoco ha terminado la dictadura para las miles de familias endeudadas por un sistema que lucra con la educación de los jóvenes de nuestro país ni para millones de trabajadores que deben sobrevivir con salarios miserables gracias al modelo neoliberal imperante. La

dictadura existe en cientos de leyes y decretos que ordenan un país fundamentalmente autoritario al que se han plegado no pocos miembros de una clase política oportunista.

En esta llamada democracia, el pinochetismo impune está vivo aunque su líder haya muerto, jactándose de sus crímenes, haciendo apología de la violencia y del terrorismo de estado. Una avenida todavía celebra el once de septiembre y buques de la Armada Nacional enarbolan el nombre de uno de los golpistas. En esta llamada democracia, los cómplices de graves delitos de lesa humanidad siguen fungiendo como legisladores o funcionarios de gobierno. El pinochetismo sin Pinochet persiste como una peste en la sociedad chilena, impidiendo a las nuevas generaciones avanzar hacia formas más profundas de democracia. La actual constitución garantiza prebendas a la clase política, impunidad a civiles y uniformados y, desde luego, millonarias ganancias a las corporaciones chilenas y extranjeras.

Mediante un manejo cuasi monopolístico de los medios de comunicación se ha incubado entre nosotros un imaginario mal sano que convierte las justas demandas de los movimientos sociales en una amenaza. Los noticieros de televisión y la prensa de gran tiraje han incubado una *cultura del miedo* y del consumo suntuario. La herencia pinochetista se traduce, entonces, en una amnesia dirigida que nos impide recordar que nuestra sociedad está erigida sobre una pila de cadáveres y que los culpables andan sueltos.

A cuarenta años del golpe de estado de 1973 los tribunales se han mostrado reacios, acaso incapaces de hacer justicia. Los pocos procesados y sentenciados por temas relativos a derechos humanos cumplen sus condenas en cárceles de lujo. El mismo Augusto Pinochet murió impune gracias a los buenos oficios del gobierno chileno, rodeado de sus seres queridos y con las bendiciones de rigor. A cuarenta años del golpe de estado, muchos chilenos todavía viven el luto y la angustia de no saber dónde están sus seres queridos. El golpe de estado no ha

terminado en Chile, la reconstrucción democrática de nuestra sociedad no ha tenido lugar. Más allá de la demagogia, lo único cierto es el olvido, olvido de las víctimas de aquel trágico episodio. Olvido de los pobres de cada día. Olvido de nuestra propia dignidad como país.

## A Cuarenta Años: Crónica de un Golpe de Estado II

### El lugar sin límites

#### 1.- Vía Crucis

El mismo 18 de septiembre de 1973, el cardenal Raúl Silva Henríquez levanta su voz en el *Te deum* de aquel año para clamar por la paz entre los chilenos. Este sacerdote salesiano, “*el cardenal del pueblo*” volcó toda su pasión para reclamar por los caídos, los pobres y los que sufren. Inspirado en la mejor tradición del Concilio Vaticano segundo, creó el *Comité Pro Paz* muy tempranamente en octubre de 1973 y más tarde la *Vicaría de la Solidaridad*. Este gran chileno fue una luz en medio de una noche oscura que junto a Helmut Frenz, un pastor luterano expulsado por la dictadura en 1975, representan lo mejor de la tradición cristiana entre nosotros.

La gente más sencilla y humilde encontró en estos grandes pastores un apoyo solidario frente a un estado terrorista cuya policía secreta secuestraba, violaba y torturaba a chilenas y chilenos. En nombre de imperativos éticos cristianos, estos pastores tuvieron el coraje de hacer frente a la tiranía en los momentos en que se atropellaban los derechos más elementales de la dignidad humana. Con dios y contra el general, estas figuras religiosas llevaron consuelo a cientos de familias que lloraban a miles de detenidos, torturados, desaparecidos y ejecutados políticos.

En muchas poblaciones de las grandes ciudades crecía un movimiento cristiano en el seno de la cultura popular. Los llamados curas obreros compartieron la suerte de los desposeídos y atropellados por el régimen. Los nombres de Pierre Dubois y André Jarlan quedarán inscritos en nuestra memoria como sacerdotes consecuentes con el mensaje de los evangelios, símbolos de la población *La Victoria*. En el Chile de Pinochet, el rostro doliente del crucificado estuvo en las esquinas de nuestras ciudades y en las mazmorras de la dictadura. El *Vía Crucis* de un pueblo entero quedó salpicado de sangre de varios sacerdotes asesinados por la DINA, la organización criminal creada por el dictador, entre ellos Joan Alsina, Miguel Woodward, Antonio Llidó, Gerardo Poblete.

En el Chile actual, donde el olvido y la frivolidad parecen prevalecer, es necesario volver nuestra mirada a aquellos tiempos de dolor. Recordar los rostros y las palabras de quienes hablaron de paz en medio de tanta penuria. No se trata de una mórbida delectación en la tragedia y la muerte sino, muy por el contrario, de un aprendizaje moral para todos los chilenos de hoy. Es nuestra memoria de aquellos días lo que nos constituye como nación, una parte de lo que somos. Hacer presente ese otrora en el aquí y ahora es también un sutil ejercicio de sanación y redención.

## 2.- Los años oscuros

Los sectores populares, en aquellos aciagos días de terror y muerte, tuvieron que aprender a lidiar con la represión, el secuestro y el asesinato. En las paredes de la “*ciudad ocupada*” se leían *graffitis* donde el Director General, verdadero innombrable, era reconocido como “*Pin-8*”, una manera de decir sin decirlo: Pinochet. Se multiplicaban los chistes sobre la dictadura, una suerte de terapia social para sobrevivir en medio de una realidad oprobiosa, pues nadie sabía si aquella noche llegarían los carros de carabineros a allanar la población en busca de panfletos o sospechosos de pertenecer a alguna organización popular. Todos eran llevados a la medianoche a los sitios baldíos mientras sus escasos enseres eran destrozados, sus vidas ultrajadas.

Todas las ciudades del país debieron vivir durante años bajo un implacable “*toque de queda*”, cuyo inicio y término diario se indicaba con tiros al aire. Hacia comienzos de la década de los ochenta comenzaron las protestas populares, con una elevada cesantía y sueldos miserables. Era la estrategia del “*Schock*” ideada por los tecnócratas neoliberales que imponían su ideología a todo Chile por la fuerza de las armas. Durante una de aquellas noches de protesta, más de cuarenta cadáveres amanecían dispersos en diversos rincones de la capital, mientras el ministro del interior, Sergio Onofre Jarpa hablaba de la institucionalidad del país.

Nombres como el “Estadio Nacional” o el “Estadio Chile” donde asesinaron a Víctor Jara quedarán grabados en el alma de nuestro país como lugares de tortura y crimen. Ni odio ni rencor, dolor. Esos y tantos lugares son nuestro equivalente de *Auschwitz* y *Dachau*, lugares en que nuestra humanidad ha descendido varios escalones hacia la barbarie. Los muertos de Chile esperan su redención, su paz, en medio de una sociedad más justa y más humana, donde sea la justicia la que presida nuestra vida social. Como cantó Pablo Neruda: “*Aunque los pasos toquen mil veces este sitio / No borrarán la sangre de los que aquí*”

*cayeron/ Y no se extinguirá la hora en que caíste/ Aunque miles de voces crucen este silencio”*

Desde aquel 11 de septiembre, la soldadesca golpista asedió a las poblaciones más pobres del país, cumpliendo así el mandato de los poderosos que anhelaban un pueblo dócil, obediente, esclavo. Como un capítulo más de nuestra *“Historia nacional de la infamia”*, mientras todavía no se apagaban las cenizas del bombardeo a la Moneda, aquella noche el Canal 13 transmitía la celebración de la derecha, puesta en escena para todo el país, fiesta animada por *Los Huasos Quincheros* que cantaban *“El patito chiquito”* con burlas soeces a los derrotados. Lo que sobrevive en el recuerdo es, precisamente, aquello que ha causado más dolor. Para contar una verdad no se requiere militancia alguna sino un corazón bien puesto y una pizca de decencia, nada más. Es cierto, han pasado cuarenta años, pero el sufrimiento de tantos está allí, en el corazón de muchos que no encuentran sosiego en los *malls* que hoy se multiplican por las ciudades de Chile.

Una herida que no ha cesado de sangrar, una herida que impide la paz de tantos sobrevivientes y de tantos muertos. Esta es la otra historia de Chile, aquella que apenas comienza a ser contada. No la historia oficial, ni siquiera los informes de organismos especializados sino aquella que arranca las lágrimas de quienes tienen la valentía y el privilegio de recordar. Una historia que, hasta aquí, ningún candidato a algún puesto ha tenido la valentía siquiera de balbucir. Las nuevas generaciones merecen conocer toda la verdad por vergonzante y lamentable que sea, porque es parte de nuestra historia. Ni odio ni rencor, dolor.



### 3.- Cuarenta años después: El lugar sin límites

Entre las muchas metáforas de nuestro país, está aquella imaginada por José Donoso en su novela *El lugar sin límites* (1967). Un sórdido espacio prostibulario presidido por el travestismo. A cuarenta años de distancia, nuestro país parece, en efecto, sumergido en un clima político, moral y cultural lamentable. Digámoslo claro, distamos mucho de ser una sociedad mínimamente justa, mínimamente digna, mínimamente democrática. Estamos cada día más lejos de cualquier "reino", lo "fino y espiritual" está proscrito por una retahíla de medios de comunicación que adormecen nuestros sentidos y domestican la amnesia generalizada. Habitamos el lugar sin límites de la mediocridad, la corrupción, la codicia, la impunidad y la estupidez. La mercantilización de la vida - bajo la forma de una sociedad de consumidores de segunda o tercera categoría - ha sumido a Chile en un materialismo ramplón que justifica la existencia de millones con baratijas, ilusiones y mentiras.

El moralismo fariseo de algunos medios cuela el mosquito y deja pasar enormes camellos. Grandes empresas lucran con la salud de los chilenos, con la educación de los chilenos y con las pensiones de vejez de los chilenos, en el límite de lo legal y de lo moral. Preocupados por el penúltimo escándalo de algún futbolista no vemos la complicidad de farmacias que estafan a millones con los precios de medicamentos, tampoco vemos la impunidad de civiles y militares que siguen ocupando cargos como si en este país no hubiese pasado nada.

La herencia del dictador es una sociedad hecha a la medida de los sinvergüenzas que han hecho grandes fortunas gracias a una legalidad neoliberal espuria que legitima el abuso. Es la derecha de hoy, travestida en "centro derecha", nombre de fantasía que no alcanza a disimular el burdel en que habita. Son los mismos rostros, los mismos nombres los que aparecen en la banca, en las empresas, en el gobierno, en los principales partidos políticos y los grandes escándalos financieros. Hasta el presente, nuestra sociedad muestra los costurones

de un mundo oligárquico y neoliberal, donde los empresarios, como antaño, llegan al parlamento y, a veces, a la presidencia. Chile: El lugar sin límites.

## A Cuarenta Años: Crónica de un Golpe de Estado III

### Mentiras, silencios y censuras

#### 1.- “Exterminados como ratones”

La quema de libros en diversas esquinas de la capital así como el control total de la prensa impresa, el bombardeo de estaciones de radio y el control de la televisión señalaba la voluntad de la junta militar por acallar toda crítica ante la ignominia que se estaba cometiendo. Mientras miles de chilenos eran llevados a estadios convertidos en campos de concentración y tortura, muchos de ellos eran ejecutados sin que mediara ningún proceso judicial. La barbarie se había entronizado en todo el país. La casa de Pablo Neruda, premio Nobel de literatura, fue asaltada, mientras el poeta agonizaba y moría en extrañas circunstancias en una clínica de Santiago. Víctor Jara había sido acribillado en el Estadio Chile y su cuerpo despedazado con signos de tortura lanzado en las afueras de la ciudad. Un manto de mentiras, silencios y censuras cubrió como una nube tóxica todo el territorio nacional. Los principales medios afines al naciente régimen dictatorial y que habían sido parte de una larga conspiración – *Canal 13* de televisión y la cadena *El Mercurio* - celebraban el triunfo como propio: *“Exterminados como ratones”*

Todo régimen autoritario convierte, invariablemente, los medios de comunicación en instrumentos de propaganda política. Con este propósito legitima e institucionaliza el control y la censura de todos los

medios y de obras culturales. En el Chile de Pinochet, la institución encargada de vigilar y castigar las voces críticas se llamó Dirección Nacional de Comunicación Social (DINACOS). Aunque en lo formal DINACOS era una dependencia del Ministerio Secretaría General de Gobierno que funcionó hasta el último día de la dictadura, en los hechos resultaba ser una extensión de la misma policía secreta del régimen a cargo del Mamo Contreras. Desde allí el “*anti periodismo*” pinochetista examinaba toda publicación impresa, medios radiofónicos y televisivos, así como toda forma de expresión cultural. La dictadura cubría las operaciones de la DINA, convirtiendo asesinatos de ciudadanos en presuntos enfrentamientos de terroristas y la desaparición de personas en triviales casos policiales, con la complicidad de los tribunales.

El control de la información durante la dictadura militar tuvo, por lo menos, tres ejes. En primer término, se legitimó el actuar de las fuerzas represivas en nombre de “*la amenaza marxista*” bajo la tesis pinochetista de la “*Guerra Interna*”, inspirada en la “*Doctrina de la Seguridad Nacional*” elaborada por los intelectuales del *Pentágono* para todos los ejércitos latinoamericanos. En segundo lugar, se promovió con fuerza una “*despolitización*” de la población, reprimiendo todo germen de organización popular en todos sus niveles. Para ello los medios saturaban los noticieros con distractores como el fútbol, los juegos de azar, la farándula local y el “*entertainment*” Por último, se aisló al país de la contingencia internacional, silenciando la visión crítica hacia la dictadura chilena que prevalecía en organismos internacionales y gobiernos de todo el orbe.

## 2.- La voz de los ochenta

El resultado de esta estrategia de dominación redundó en lo que en aquellos años se llamó “*apagón cultural*”. Una población domesticada en el miedo, la despolitización y, en muchos casos, en la ignorancia de toda referencia a su pasado inmediato. Una cultura en que el interés individual estaba por sobre cualquier interés colectivo. Un régimen policial que se eternizaba con un “*toque de queda*” y que proporcionaba, en el mejor de los casos, empleos mal pagados y precarios era el caldo de cultivo para que prácticas deleznable como la denuncia y el “*soplónaje*” fuesen parte de la vida cotidiana. El régimen de Pinochet degradó moralmente la vida de todos los chilenos, borrando los límites entre lo que pudiera entenderse como aceptable o bueno y lo aberrante o malo. Este es el único modo en que los gobiernos y organizaciones criminales pueden actuar impunemente en el seno de una sociedad.

No obstante, una soterrada resistencia lograba romper el cerco informativo dictatorial y difundir algunas de las atrocidades que se cometían. Así, “*Radio Chilena AM*”, un medio ligado a la Iglesia, y más tarde “*Radio Cooperativa*” se convirtieron en las voces opositoras y de manera mucho más clandestina las radios de onda corta como “*Radio Moscú*”, con su clásico programa “*Escucha Chile*”. La aparición de la “*cassette*” permitió que gran parte de la “*música prohibida*” pudiera circular en diferentes espacios juveniles, creando una cultura de resistencia. La “*generación de los ochenta*” fue el germen de una ola que culminaría con el triunfo del “*No*”, algunos años más tarde.

Las nuevas generaciones no solo reciclaron los viejos cantos de *Víctor Jara*, *Violeta Parra* o *Quilapayún* sino que sumaron nuevas formas de expresión cultural más próximas al *Rock*. Este movimiento que tuvo su epicentro en el llamado *Rock argentino*, tuvo sus representantes nacionales en “*Los Prisioneros*” que se convirtieron en la “*voz de los*

*ochenta*” y verdaderos portavoces del malestar juvenil frente a una dictadura oprobiosa. En un mundo en que la actividad política explícita estaba interdicta, el ámbito cultural se convirtió en espacio privilegiado para la resistencia. Los grupos musicales que continuaban la tradición del neofolcklore, *Illapu*, *Ortiga*, y aquellos grupos de raigambre *rockera*. Pero también estaba la actividad teatral, la poesía y la literatura. Escritores como Ramón Díaz Eterovic, Pía Barros o Carlos Franz y dramaturgos de la talla de Luis Rivano, Juan Radrigán, Gregory Cohen testimonian esta tradición ochentera hasta hoy. La actividad cultural de aquella década anunció de algún modo el ocaso de un mundo represivo que aspiraba a perpetuarse en el poder.

### 3.- La cultura del exilio

La dictadura de Pinochet tuvo como consecuencia casi inmediata la expulsión o deportación de muchos chilenos a tierras extranjeras. Muchos de entre ellos tuvieron que abandonar el país porque la junta militar los expulsó, otros tuvieron que marchar por la imposibilidad de sobrevivir a las nuevas condiciones creadas por el régimen. La diáspora chilena de estos primeros tiempos de exilio fue, en lo fundamental, política. Los países de Europa y América Latina se mostraron especialmente generosos como tierras de asilo.

Contra el lugar común difundido por la dictadura, en lo principal y para la mayoría no se trató de un “*exilio dorado*”, por el contrario, fue el desarraigo obligado, prolongado y, muchas veces, doloroso de miles de compatriotas que debieron abandonar familias en su tierra natal. La creatividad de muchos de ellos, empero, pudo superar la adversidad y dar valiosos frutos para nuestra cultura nacional. Escritores, cineastas, grupos musicales, aportaron sus capacidades intelectuales y artísticas en innumerables actividades solidarias hacia un Chile sufriente. No era raro encontrar en las grandes ciudades del mundo a argentinos, uruguayos y chilenos compartiendo el infortunio del destierro. Revistas chilenas en el exilio, tales como *Creación y Crítica*, *Araucaria*, *América Joven* han quedado como parte de nuestra historia cultural, lo mismo las cintas de Raúl Ruiz o los trabajos musicales de *Inti Illimani* y *Quilapayún*, e innumerables libros publicados en aquella época en diversos países.

No se ha escrito todavía la historia del exilio chileno, pero no cabe duda que significó una herida más para miles de compatriotas que vieron sus vidas truncadas por una historia trágica. Muchos de los anhelos de nuestra sociedad de hoy se lo debemos a los aportes de chilenos que regresaron al país, al triste aprendizaje del exilio que viene a enriquecer en la actualidad las demandas democráticas de una mayoría de chilenos. No obstante, es cierto que muchos no regresarán porque han

constituido su destino en otras latitudes y deberán vivir con el recuerdo triste del golpe de estado que cambio sus vidas para siempre y la nostalgia sempiterna por la tierra que los vio nacer. Por ello Shakespeare denominaba al exilio, de modo figurado, como *“el otro nombre de la muerte”*



## A Cuarenta Años: Crónica de un Golpe de Estado IV

### Felonía, cobardía y traición

#### 1.- Salvador Allende: Tengo fe en Chile y su destino

El presidente Salvador Allende se dirige por última vez al país a las 9:10 AM del once de septiembre de 1973, lo hace a través de “Radio Magallanes” que sería bombardeada minutos más tarde. Como arrancadas de una tragedia griega, sus palabras pasarán a la historia tal y como las concibió Allende, es decir, como una “lección moral”: “Trabajadores de mi Patria, tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo en el que la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor. . . ¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!... “

La figura de Salvador Allende, y con ella todo el conglomerado de la Unidad Popular, era la expresión de una cierta “*modernidad política*” que se había inaugurado tempranamente con la irrupción de los primeros partidos obreros (1922) y la primera transmisión radial ese mismo año. Hay una relación evidente entre el desarrollo de la radio y el ascenso de las luchas populares, pues, en cuanto medio masivo de comunicación, capaz de quebrar el monopolio de la palabra impresa, incorpora, por primera vez en la historia humana, a los analfabetos. La radio restituye

la oralidad allí donde la aristocrática lecto escritura señalaba una frontera social y cultural.

Por ello, no parece, en absoluto, casual que las últimas palabras de Allende hayan sido proferidas, precisamente, a través de las ondas radiales. Con su último discurso se cerraba todo un capítulo de la cultura y la política en nuestro país. Salvador Allende se dirige en sus últimos discursos a los trabajadores, a las mujeres y a los jóvenes, sabiendo que su voz se instalaba, ya para siempre, en el imaginario histórico social de un pueblo entero. En este sentido, se trata de un discurso profundamente lúcido, en tanto entiende que no se trata de un sacrificio en vano, sino de un acto histórico y político que anuda un tiempo futuro con ese trágico presente que será para las nuevas generaciones un presente diferido. Se advierte aquí una sutileza, al afirmar que le anima una fe en Chile y su "*destino*", literalmente confina la acción de la junta militar a los estrechos límites de su presente.

Las últimas palabras de Allende acusan explícitamente a la junta militar de los sublevados. Las palabras son definitivas y absolutas: felonía, cobardía y traición. Esta denuncia del presidente Allende es, en efecto, el castigo moral que como la marca de Caín llevarán consigo estos uniformados durante el resto de su existencia. Finalmente, la acusación de Salvador Allende recae sobre un sector de la sociedad chilena que renuncia a la democracia en defensa de sus privilegios: "Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición".

## 2.- Augusto Pinochet: ¡Las Cámaras quedarán en receso hasta nueva orden!

El general Augusto Pinochet es el rostro de una junta militar que llega con el estigma de haber asaltado el poder. Las primeras declaraciones del dictador se transmiten por televisión en blanco y negro, indicando que una nueva etapa comenzaba. Entre las primeras medidas de la junta militar se consigna el receso obligado de toda actividad política en el país, incluidas ambas Cámaras del poder legislativo.

El golpe militar en Chile, como está muy bien documentado, fue financiado y preparado desde Washington como parte de su estrategia mundial de *Guerra Fría* que ese mismo año incluía el retiro de Saigón. De hecho, durante los sucesos del mismo once de septiembre, varios navíos estadounidenses estaban en las inmediaciones de Valparaíso, como parte de la operación UNITAS. Recordemos que fue en este puerto donde comenzó el alzamiento militar.

La figura de Augusto Pinochet es aquella del antagonista, aquella del general que traiciona la confianza que había depositado el presidente Allende en su comandante en jefe, un archivillano arrancado de una antología de terror. Si la estatura de su “traición” ya lo instala en el fango de lo deleznable, las atrocidades que siguieron a su ascenso al poder, decenas de miles que fueron víctimas de asesinatos y torturas, solo ratifica su perfil: uno de los grandes criminales de la historia.

En algún momento, sus seguidores de extrema derecha quisieron compararlo con el héroe de la independencia Bernardo O’Higgins. Se llegó al ridículo de que fuese el mismo dictador quien se auto proclamó “Director General”, usurpando para sí el título del libertador de Chile. Lo grotesco del argumento es que lejos de la austeridad y patriotismo de O’Higgins, Augusto Pinochet se enriqueció en el poder y al momento de

su muerte le sobrevivieron suculentas cuentas bancarias en el extranjero.

Augusto Pinochet pasa a la historia como otro dictador latinoamericano que arrastró a las fuerzas armadas a traicionar a un gobierno constitucional para servir los intereses de una potencia extranjera, alejándolas de todo patriotismo para convertirlas en verdugos de su propio pueblo. La derecha ha convertido a los uniformados, hasta el presente, en garante de sus privilegios e instrumento represivo de sus compatriotas. Todavía resuenan los ecos de hace cuarenta años, la voz de Allende dirigida a su pueblo: “Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente; en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las vías férreas, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos, frente al silencio de quienes tenían la obligación de proceder. Estaban comprometidos. La historia los juzgará”.

### 3.- Pinochet y la derecha hoy

La muerte del dictador fue una muerte impune para vergüenza de nuestras instituciones y del gobierno de Eduardo Frei Ruiz Tagle y su canciller José Miguel Insulza, actual secretario general de la OEA. La muerte del nonagenario dictador fue el punto de partida para un *“pinochetismo sin Pinochet”* Todos los cómplices, civiles y uniformados, activos y en retiro, se han atrincherado en partidos de derecha, disfrazados de demócratas y los más descarados en organizaciones fantasmas que lucran con el pretexto de salvaguardar “lo obra” del extinto general.

Lo cierto es que “la obra” del dictador sigue en pie y se llama Carta Constitucional, de ella deriva todo el andamiaje político institucional que legitima el orden económico neoliberal en el llamado “modelo chileno” Hasta la fecha, los partidos de derechas han actuado en defensa de los intereses empresariales, impidiendo reformas sustantivas a un modelo que hace posible una distorsión de la voluntad popular en cada elección, la entrega de las riquezas básicas del país a capitales extranjeros y el enriquecimiento de una minoría en desmedro de sueldos miserables para los más.

La herencia de la dictadura se respira con fuerza en La Moneda y se llama autoritarismo. Su expresión es la represión a los movimientos estudiantiles o a las luchas del pueblo mapuche, entre otros. A cuarenta años de aquel fatídico once de septiembre, el pueblo chileno no ha recuperado una democracia digna de tal nombre. A cuarenta años del golpe de estado, muchos de los criminales de entonces siguen impunes, llegando a la desvergüenza de rendirle homenajes a Augusto Pinochet como burla a las víctimas sobrevivientes, todo esto con la anuencia de un gobierno que posa de demócrata liberal.

El “pinochetismo sin Pinochet” es el rostro hipócrita de los candidatos de la derecha que medran de las dádivas empresariales para reciclar un modelo tan arcaico como injusto. La derecha aspira a seguir jugando con su baraja marcada, para ello propone nuevos rostros cuyas sonrisas no logran disimular la mueca de codicia y desdén hacia un pueblo que anhela nuevos rumbos. Tal como lo advirtiera Allende hace cuarenta años “...en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente...”, y persiste como una peste entre nosotros, como una simulación de democracia y como una amenaza muy real.

## A Cuarenta Años: Crónica de un Golpe de Estado V

### El corazón de las tinieblas

#### 1.- El grado cero de la política

A las 11 de la mañana de aquel martes 11 de septiembre de 1973, aviones de combate *Hawker Hunter* bombardeaban el palacio de La Moneda donde resistía el presidente Salvador Allende con un grupo de leales. Las imágenes del palacio en llamas han pasado a la historia como un dantesco final de la “*vía chilena al socialismo*” Muchos alrededor del mundo se sintieron profundamente conmovidos por lo que acontecía en este distante país sudamericano. A cuarenta años de distancia se puede afirmar que este lamentable episodio está cargado de simbolismo, pues muestra la destrucción de una larga democracia latinoamericana. Pero, además, desnuda de manera cruda y descarnada los límites de furia y violencia que puede alcanzar la lucha política y social en países caracterizados por la exclusión y la desigualdad.

El bombardeo de La Moneda abrió una ventana al infierno en pleno centro de la capital chilena, estruendo, muerte y fuego. Se trata de uno de aquellos momentos históricos radicales, hay un antes y un después. Se trata de un instante del tiempo en que toda retórica política, toda argumentación o razonamiento desaparece. Es el grado cero de la política. Abolido todo rasgo de civilización con su carga valórica, se impone aquello que Joseph Conrad llamó “*El corazón de las tinieblas*”, miedo y odio visceral. Una vez abierta esa ventana, es posible sentir los gritos desesperados de los que sufren tortura, el llanto de las viudas y

los gemidos de madres que buscan a sus hijos. La ventana al infierno inaugura un grisáceo camino de cenizas y cadáveres, una noche en la que todavía transitamos, aunque pocas veces somos conscientes de esto.

Las llamas de La Moneda incineraron toda ingenuidad, ya nada volverá a ser lo mismo para los chilenos. La sociedad entera, víctimas y victimarios, han de descender varios escalones hacia la barbarie. El conscripto se convertirá en asesino o torturador, más de un militante en un delator y la niña bonita en una prostituta al servicio del tirano. Ese político de entonces sabe que fue cómplice y ese viejo general guarda silencio perseguido por sus fantasmas. Las palabras resultan inútiles para rasgar las tinieblas, no hay silogismos para dar cuenta de la locura y el mal, simplemente se habita ese aire espeso al que, finalmente, casi todo el mundo se acostumbra.

Los pueblos que atraviesan la noche pierden su capacidad para soñar. Son los sueños y no las cosas los que iluminan los días de los humanos. En medio de esta noche sin luna, nos seduce la ilusión de las cosas, vanos espejismos. Solo los sueños nos regalan un horizonte que nos impele a vivir juntos nuestro tiempo y a construir nuestra historia. Así ha sido desde tiempos inmemoriales, soñar juntos un destino para la tribu. Un día de éstos va a despuntar la luz del amanecer en la cordillera, la hora de volver a soñar, dejando atrás las tinieblas espesas que han humedecido nuestra piel después de tanta noche.



## 2.- Silencio y vergüenza

Hay veces en que el cronista calla, enmudece de vergüenza, para dejar que la voz polifónica de los que han sufrido tanto hable por sí misma como en un *“collage del horror”*. Relato de su reclusión en el recinto de la DINA Villa Grimaldi, Región Metropolitana: El día 19 de noviembre de 1975, a las 2:00 a.m. aproximadamente, ingresan a nuestro domicilio, rompiendo la puerta, unos 12 a 15 civiles armados con metralletas preguntando por [se omite el nombre]. Inmediatamente proceden a amarrar a mis hijos con un alambre en las muñecas y los obligan a permanecer de boca en el piso en el pasaje. A mí me golpean con los puños al intentar averiguar lo que estaba sucediendo. Revisan toda la casa, causando enormes destrozos en muebles, colchones, etc. A mí también me atan las manos con alambre; todos vendados, somos subidos a diferentes vehículos particulares. Yo quedé en el mismo vehículo con mi hijo. Según relato posterior de mis vecinos, había gran cantidad de vehículos estacionados en un gran operativo. Fuimos trasladados a lo que resultó ser Villa Grimaldi. Allí permanecí alrededor de tres horas, en un lugar que parecía ser una especie de patio habilitado como galpón. Se escuchaban voces y gritos, como que hubiera un gran número de personas. Me interrogaban siempre y me golpeaban fuertemente con los puños y manos, especialmente en la cara; a veces caía al suelo y me costaba incorporarme, ya que aún estaba amarrado. Mujer, detenida en noviembre de 1983. Relato de su reclusión en el Cuartel de la CNI de Concepción, VIII Región: Me subieron a uno de los vehículos, me vendaron la vista, y empezaron inmediatamente a interrogarme y a golpearme en el estómago. Hombre, detenido en mayo de 1988. Relato de su reclusión en el Cuartel General de Investigaciones (General Mackenna), Región Metropolitana: [...] allanaron la casa, golpearon a mi familia, destrozaron la casa buscando armamento, me golpearon delante de mi familia, me pusieron una capucha en la cabeza, me subieron a un auto sin levantar la cabeza. Llegamos al cuartel, donde me pusieron en una pieza chica, donde me amarraron de pies y manos, luego comenzó la tortura con golpes en los testículos, corriente en la boca, oídos, golpes en las piernas, luego, como no conseguían nada,

me golpearon con manoplas, luego entró un compañero y lo torturaron delante mío para hablar. Mujer, detenida en noviembre de 1973. Relato de su reclusión en el Regimiento Tucapel, IX Región: Al llegar a estas dependencias me hicieron desnudar, acostarme en un escaño, me dio la impresión que era de esos que se ven en las plazas, donde me ataron un brazo y una pierna hacia arriba y la otra hacia abajo, después me pusieron un bloque de cemento en el vientre y me aplicaron electricidad vaginal, en los pezones y oídos, llenándome la boca con caca de animal, seguramente para que no se oyeran mis gritos y quejidos. Esto lo hicieron durante muchas horas, después me dejaron tirada, desnuda, yo andaba con la regla y así y todo también fui violada en tres oportunidades, no sé si sería una persona o diferentes. Esto es algo que recién ahora estoy contando...Mujer, detenida en septiembre de 1974. Relato de su reclusión en la casa de la DINA de José Domingo Cañas N° 1315, Región Metropolitana: En José Domingo Cañas fui golpeada en diversas partes del cuerpo. Nuevamente fui manoseada y obligada a presenciar la tortura de mi esposo. Fui desnudada y amarrada a un catre metálico en el que fui golpeada. Estaba embarazada, con 6 meses de gestación. Hombre, detenido en junio de 1975. Relato de su reclusión en el recinto de la DINA de la ex iglesia Divina Providencia, Antofagasta, II Región: Esa noche me llevaron a presenciar cómo interrogaban a otro compañero. Lo tenían tendido y amarrado a un somier de alambre y lo instaban a reconocerme, al no hacerlo éste, le aplicaban descargas eléctricas. Cansados de su negativa, optaron por otra táctica que consistió en ponerme a mí en su lugar y al compañero de pie al lado del somier conectándonos a ambos con cables eléctricos. Fui devuelto a la celda, antes de lo cual me mojaron.

### 3.- Memoria

Mnemosine, divinización de la memoria y madre de las musas, ha reservado al poeta el doloroso privilegio de la memoria. Le corresponde al poeta actualizar ese otrora en un ahora, conectar el presente con aquel presente diferido y así atravesar el puente que separa a los vivos de los muertos. Como lo han sabido todos los grandes alquimistas de la pluma, la escritura tiene una dimensión hierática, pues constituye, al mismo tiempo, el instrumento y la ascesis de la memoria.

Los signos de la escritura están concebidos para relatar cuentos a los niños y recrear infinitamente las historias que sostienen al mundo. Pero hay veces en que la memoria abre otras puertas y las musas nos traen inmensos dolores que como cicatrices están grabados en la piel. Corresponde a poetas y cronistas hacerse cargo de esos tristes desasosiegos, patrimonio de una comunidad y una época en una lucha incansable contra el olvido. Las palabras como burbujas de tiempo cristalizan las experiencias compartidas, allí las risas y las lágrimas. Escribir aquellas tristezas es inscribirlas para siempre en la gran biblioteca universal.

Mnemosine le otorga sus dones al poeta para que éste convierta la más abyecta miseria humana en la más alta dignidad literaria. De este modo, lo más siniestro puede adquirir su perenne dimensión moral y sobrevivir a la vergüenza. La memoria no es solo evocación de lo que ha sido sino viva presencia de lo que somos. Recoger las voces dolientes de otro tiempo es traer a las nuevas generaciones un inefable reclamo de dignidad y justicia. Un reclamo que atraviesa la historia de este pueblo y de todos los pueblos de la tierra.

## A Cuarenta Años: Crónica de un Golpe de Estado VI

### Racionalidad, terror y perversión

#### 1.- Burocracia del terror

Todos los antecedentes conocidos hasta el presente en torno a la dictadura militar en Chile, con toda su carga de barbarie, deja en claro que en todo momento se actuó de acuerdo a una “*racionalidad perversa*” que fue, al mismo tiempo, una perversión de la racionalidad. Por aberrante que pudiera parecer, los crímenes de la dictadura apelan a un fundamento codificado explícitamente y que fue asimilado por los militares en años de entrenamiento bajo la tutela del Pentágono. No estamos ante “excesos” de algunos mandos operativos: En Chile se aplicaron todas las técnicas aprendidas por los ejércitos en la lucha anti insurgente, desde Argelia a Viet Nam.

Esta verdadera ideología de la represión fue conocida como Doctrina de la Seguridad Nacional, en ella se estatuyen fundamentos y técnicas para aniquilar a un determinado “*enemigo interno*” En esta lógica político-militar, la “*raison d'état*” está por sobre cualquier otra consideración de tipo ético o legal. De este modo, el crimen masivo o selectivo, la tortura y la mentira se tornan en instrumentos legítimos en el ejercicio del poder. En este contexto, las palabras de Pinochet cuando caracterizaba el actuar de su gobierno, cobran pleno sentido: “*Estamos en guerra contra el marxismo*”

La “guerra” de Pinochet no fue sino un cruento capítulo más de la cruzada anticomunista patrocinada por los Estados Unidos una vez concluida la Segunda Guerra Mundial, la llamada *Guerra Fría*. Es interesante hacer notar que la “*lucha contra el comunismo*” constituyó en nuestro continente una suerte de “*coartada ideológica*” utilizada por los sectores privilegiados para detener las luchas democráticas de los sectores populares por una vida más digna. De este modo, cualquier dirigente indígena o campesino fue tildado como “*agente del marxismo internacional*”, un pretexto calculado como preámbulo de su eliminación física.

En su “*burocracia del terror*”, la dictadura militar delegó en la DINA y más tarde en la CNI la ejecución del “*trabajo sucio*”. Mientras las fuerzas armadas actuaban como una fuerza represiva y policíaca a gran escala, el principal organismo de inteligencia se ocupó de los “*asesinatos selectivos*” tanto dentro del país como en el extranjero. Basta recordar los asesinatos del general Carlos Prats en Buenos Aires, José Tohá en Santiago, el canciller Orlando Letelier en Washington, todos ellos vinculados, en algún momento, al Ministerio de Defensa Nacional. La misma lógica decidió la muerte del general Alberto Bachelet y del presidente Eduardo Frei Montalva, según indican las últimas investigaciones.

A cuarenta años de distancia, los chilenos estamos muy lejos de conocer los pormenores de lo acontecido. El cúmulo de investigaciones llevadas adelante por valientes periodistas y muy pocos abogados de derechos humanos nos han mostrado la punta de un iceberg que se hunde en las oscuras profundidades de nuestra historia. Un manto de silencio cubre hasta el día de hoy la estatura del crimen cometido, en un país donde muchos de los cómplices y victimarios se pasean impunes, posando como defensores de la “*democracia*” y la “*chilenidad*”

## 2.- Legislación del terror

La DINA fue creada por el decreto ley 521 del 14 de junio de 1974. En este documento se consigna “Créase la Dirección de Inteligencia Nacional, organismo militar de carácter técnico profesional, dependiente directamente de la Junta de Gobierno y cuya misión será la de reunir toda la información a nivel nacional, proveniente de los diferentes campos de acción, con el propósito de producir la inteligencia que se requiera para la formulación de políticas, planificación y para la adopción de medidas que procuren el resguardo de la seguridad nacional y el desarrollo del país”

A pesar de declarar su carácter “*técnico profesional*”, se advierte su verdadero propósito cuando se lee al pie de página: “ARTICULO UNICO TRANSITORIO Los artículos 9, 10 y 11 del presente decreto ley se publicarán en un anexo de circulación restringida del Diario Oficial” Tales artículos permanecen secretos, pero no se requiere de mucho esfuerzo para imaginar sus contenidos, pues el propósito último de esta organización no es otro que perseguir a los opositores al régimen hasta el exterminio total. La DINA fue el instrumento de muerte de la junta militar al mando del general Manuel Contreras, más conocido como el “Mamo”

A los pocos años de su creación, la DINA es reconocida en el mundo entero como una organización criminal al servicio de la dictadura de Augusto Pinochet. Su clara participación en crímenes de lesa humanidad y en operaciones en Buenos Aires, Roma y Washington exigen cambiarle el rostro. En el año 1977, la junta crea la Central Nacional de Informaciones, CNI, mediante el decreto ley 1.878: “Créase la Central Nacional de Informaciones (C.N.I.), organismo militar especializado, de carácter técnico y profesional, que tendrá misión reunir y procesar todas las informaciones a nivel nacional, provenientes de los diferentes campos de acción, que el Supremo Gobierno requiera para la formulación de políticas, planes, programas; la adopción de

medidas necesarias de resguardo de la seguridad nacional y el normal desenvolvimiento de las actividades nacionales y mantención de la institucionalidad establecida”

La CNI repite la fórmula pseudo legal de mantener ocultos sus verdaderos propósitos, ocultando sus tareas específicas, se lee en el artículo tercero: “La organización, estructura institucional interna y deberes de la Central Nacional de Informaciones serán establecidas por un Reglamento Orgánico dictado a propuesta de su Director” y a renglón seguido: “ARTICULO TRANSITORIO El Reglamento Orgánico, de carácter reservado, a que se refiere el artículo 3 del presente decreto ley, será dictado dentro del plazo de 150 días”

Esta verdadera legislación del terror quiso revestir de una pátina legal e institucional la verdadera naturaleza del gobierno de Pinochet: La más sangrienta dictadura conocida en la historia de Chile y cuya ignominia nos persigue hasta el presente, pues, muchos de los verdugos y sus cómplices civiles siguen impunes.

### 3.- Relato del terror

Desde las primeras horas del golpe militar se instituyó en Chile el reino de la mentira. Con un control estricto de radio, prensa y televisión, la junta militar desplegó en todo el territorio un verdadero contingente de ocupación. Tal como había señalado el presidente Allende, el fascismo estaba instalado en nuestro país desde hacía mucho tiempo. De manera que no fue necesario construir un relato sino poner en vigencia toda la argumentación política que la extrema derecha venía instilando en la población durante meses, acaso años.

Recordemos que grupos paramilitares como *“Patria y Libertad”* no solo ejecutaban acciones terroristas sino una verdadera campaña de terror, rayando en las paredes de las grandes ciudades la palabra *“Jakarta”* como referencia a la masacre de izquierdistas en Indonesia unos años antes. En la prensa de derechas se insultaba a diario a los prisioneros del gobierno popular y se exhortaba a la población al odio. El relato de la extrema derecha no era otro que la manida *“amenaza del marxismo internacional”*

En un esquema cuasi mítico se reconocía como sujeto central de la historia a las instituciones castrenses, las fuerzas armadas. Su objeto no podía ser otro que la *“liberación de Chile del yugo marxista”* La consecución de esta meta se inscribe en la lógica amigos – enemigos, así se hablará de aquellos *“malos chilenos”*, no humanos o *“humanoides”* como los denominará el Almirante Merino, mientras que los triunfadores del momento se autoproclaman como *“patriotas”* Este discurso dicotómico degrada al *“otro”* al punto de cualificarlo como *no humano* o, si se quiere, *“subhumano”*. privando a la víctima de toda dignidad. Este tipo de pensamiento, lo mismo que en la Alemania de Hitler, hizo posible campos de concentración, torturas y crímenes atroces.



Es interesante hacer notar que la mentira fue utilizada como parte de una estrategia al servicio de la junta militar. Se propalan informaciones falsas, se inventa un presunto “*Plan Z*”, mientras la soldadesca de Pinochet ensangrienta las calles del país. Del mismo modo, en su primer bando, la junta intenta desorientar a los trabajadores, afirmando que sus derechos serían respetados “Los trabajadores de Chile pueden tener la seguridad de que las conquistas económicas y sociales que han alcanzado hasta la fecha no sufrirán modificaciones en lo fundamental” Sin embargo, como era previsible, se cancela la personalidad jurídica de la CUT apenas una semana después del golpe, mostrando así que sector social empuñaba las armas. *Jakarta* se había convertido en la más tenebrosa pesadilla del siglo XX para la mayoría de los chilenos.

## A Cuarenta Años: Crónica de un Golpe de Estado VII

### Chacarillas: El diseño dictatorial

#### 1.- El discurso de Chacarillas: Refundación

Hoy resulta claro que la dictadura militar encabezada por Augusto Pinochet poseyó un carácter fundacional de la vida política e institucional en Chile. El diseño básico de ese país anhelado se materializó en una Declaración de Principios de la Junta de Gobierno y se hizo público en el cerro Chacarillas en julio de 1977, frente a un grupo de jóvenes del Frente Juvenil de Unidad Nacional. Aquella noche, entre antorchas que recordaban los paganos aquelarres del nacional socialismo, el dictador declaraba: “Para un adecuado enfoque de este problema, es conveniente reiterar una vez más, que el 11 de septiembre no significó sólo el derrocamiento de un Gobierno ilegítimo y fracasado, sino que representó el término de un régimen político-institucional definitivamente agotado, y el consiguiente imperativo de construir uno nuevo”

Es interesante destacar que la noción de un nuevo orden jurídico institucional se basó explícitamente en el autoritarismo. El mismo Pinochet les explica a sus prosélitos: “En esa perspectiva, advertimos nítidamente que nuestro deber es dar forma a una nueva democracia que sea autoritaria, protegida, integradora tecnificada y de auténtica participación social, características que se comprenden mejor cuando el

individuo se despoja de su egolatría, ambición y egoísmo” Más allá de la grotesca demagogia de estas palabras, resulta claro que el eje sobre el que se construyó la llamada Constitución del ochenta es, precisamente, la noción de “democracia autoritaria”. Como bien sabemos, es esta carta constitucional la que todavía rige el destino de los chilenos hasta el presente.

En el diseño pinochetista queda fuera de toda consideración sería el derecho de las personas, de hecho, declara sin ambages: “Sólo una amarga experiencia reciente, que estuvo a punto de conducirnos a la guerra civil, nos ha hecho comprender que los derechos humanos no pueden sobrevivir en un régimen político y jurídico que abre campo a la agresión ideológica del marxismo-leninismo, hoy al servicio del imperialismo soviético, o a la subversión terrorista, que convierte a la convivencia social en una completa anarquía” En la tesis dictatorial, los derechos humanos quedan suspendidos cuando los movimientos sociales reclaman sus derechos, o dicho de otro modo, cualquier manifestación de una demanda democrática se traduce como una “agresión ideológica”. En la actualidad basta pensar en la llamada “Ley Hinzpeter” para advertir la plena vigencia de esta visión autoritaria.

Ante la demanda de organismos internacionales y muchos gobiernos democráticos del mundo por las graves violaciones de derechos humanos en el Chile de Pinochet, el dictador, con un cinismo de antología, responde: “Resulta incomprensible que toda restricción a determinados derechos de las personas se enjuicie como una presunta transgresión de los derechos humanos, mientras que la actitud débil o demagógica de muchos gobiernos frente al terrorismo no merezca reparo alguno en la materia, aun cuando es evidente que ella se traduce en una complicidad por omisión, con una de las formas más brutales de violación de los derechos humanos”

## 2.- El discurso de Chacarillas: Plan

La dictadura militar se propuso instituir una “democracia autoritaria” en que las fuerzas armadas fuesen las garantes del nuevo orden. A diferencia del estado democrático – liberal, se trata de fundar un orden jurídico institucional “protegido”, o mejor dicho, una “democracia protegida”: “Protegida, en cuanto debe afianzar como doctrina fundamental del Estado de Chile el contenido básico de nuestra Declaración de Principios, reemplazando el Estado liberal clásico, ingenuo e inerme, por uno nuevo que esté comprometido con la libertad y la dignidad del hombre y con los valores esenciales de la nacionalidad”

Para llevar adelante su empresa, el dictador trazó un plan que culminaría en la actual carta fundamental: Recuperación, transición, consolidación. Interesa hacer notar que el presente de Chile responde a la última etapa del plan pinochetista, es decir: los principios de una junta militar se han institucionalizado. De suerte que se puede sostener que, en estricto rigor, el orden dictatorial no ha sido superado. Como sostenía el dictador: “Simultáneamente con lo anterior, que implicará el paso de la etapa de transición a la de consolidación, corresponderá aprobar y promulgar la nueva Constitución Política del Estado, única y completa, recogiendo como base la experiencia que arroje la aplicación de las Actas Constitucionales. La etapa de transición servirá así para culminar los estudios del proyecto definitivo de la nueva Carta Fundamental”

En aquel acto se encontraba toda una generación de extrema derecha que hoy participa del gobierno: Cristián Larroulet, Patricio Melero, Juan Antonio Coloma, Joaquín Lavín, Andrés Chadwick y muchos artistas y figuras de la época. El capital y el terror engendraban a los hijos de Chacarillas, mientras la DINA secuestraba, torturaba y asesinaba chilenos dentro y fuera del territorio nacional. En aquellos años, todos ellos soñaban con un nuevo orden político para el país, aquel, precisamente, que hoy administran en calidad de ministros, legisladores, alcaldes o empresarios.

### 3.- El discurso de Chacarillas: Proyección

Una “democracia protegida” que restringe la participación ciudadana unido a una amplia libertad económica amparada en el principio de subsidiariedad siguen siendo hasta hoy los conceptos fundamentales del así llamado “modelo chileno”. La llegada de la Concertación de Partidos por la Democracia no alteró, en lo fundamental, este diseño matriz. Los partidos políticos de los más diversos cuños ideológicos decidieron mantener inalteradas las reglas del juego y acomodarse en una “democracia de los acuerdos”, desactivando toda movilización social o sindical, ampliando las posibilidades de negocios, en definitiva y como suele decirse “administrando el modelo”.

Esta paisaje que ha caracterizado nuestra vida política los últimos veinte años se aproxima bastante al que había previsto la dictadura militar y su particular concepción de la participación social: “/Una democracia / De auténtica participación social, en cuanto a que sólo es verdaderamente libre una sociedad que, fundada en el principio de subsidiariedad, consagra y respeta una real autonomía de las agrupaciones intermedias entre el hombre y el Estado, para perseguir sus fines propios y específicos. Este principio es la base de un cuerpo social dotado de vitalidad creadora, como asimismo de una libertad económica que, dentro de las reglas que fija la autoridad estatal para velar por el bien común, impida la asfixia de las personas por la férula de un Estado omnipotente”

Insistamos, este es el fundamento último del “modelo chileno” amparado en el orden constitucional pinochetista. Esto explica el celo obsesivo de la derecha en preservar “la obra” del general Pinochet, oponiéndose a todo cambio sustancial a la constitución y, desde luego, a todo reclamo ciudadano por una Asamblea Constituyente. La Constitución del ochenta es, finalmente, la fórmula jurídica e institucional que construyó la derecha de mano de los militares para evitar por muchos años más la

amenaza a sus privilegios. El desafío para los demócratas del presente y del porvenir es, justamente, poner fin a este orden injusto, excluyente y antidemocrático.

## A Cuarenta Años: Crónica de un Golpe de Estado VIII

### Los amigos de Pinochet

#### 1.- Franco y los otros

Desde aquel 11 de septiembre de 1973, la junta militar golpista encabezada por Augusto Pinochet fue uno de los regímenes más desprestigiados y aislados del planeta, con acusaciones reiteradas por violaciones a los derechos humanos ante organismos internacionales. No obstante, el régimen dictatorial formó una red continental de dictadores comprometidos en el crimen y la represión con extensiones en Norteamérica y Europa occidental. A través de su policía secreta, DINA, estableció contacto con sectores de extrema derecha en diversas partes del mundo.

En los primeros años de la dictadura, la figura del dictador español Francisco Franco. fue inspiración ideológica de los golpistas chilenos. Compartían con “El Caudillo” su marcado anticomunismo y el apoyo al fundamentalismo católico. Esta admiración se hizo explícita cuando el general chileno Augusto Pinochet asiste a los funerales de su homólogo hispano en noviembre de 1975. Consignemos que esta admiración era mutua, pues dos meses antes de su viaje en septiembre de 1975, en Santiago, el general Emilio Villaescusa, jefe del Estado Mayor del Ejército español le entrega al dictador chileno la Gran Cruz al Mérito Militar de España

Con ocasión del funeral, Pinochet tomó contacto tanto con falangistas españoles como con neofascistas italianos, para conspirar contra varias figuras del exilio chileno en Europa. En efecto, según se desprende de investigaciones llevadas adelante por el juez Baltasar Garzón, Augusto Pinochet habría mantenido reuniones secretas con el neofascista italiano Stefano delle Chiaie, próximo a la logia P2, quien cumplía misiones para la DINA, la Triple A y la dictadura de Banzer en Bolivia. El atentado contra Bernardo Leighton, el asesinato de Orlando Letelier en Washington y una serie de atentados frustrados en suelo europeo, muestran, sin lugar a dudas, una tenebrosa red mundial, una suerte de extensión de la llamada “Operación Cóndor” que comprometía a las dictaduras sudamericanas.

En una fotografía de la época, agencia EFE, aparece Augusto Pinochet sentado con su capa entre su mujer Lucía Hiriart e Imelda Marcos, esposa del dictador filipino Ferdinand Marcos, ambas de riguroso luto. Según comenta Lorenzo Olarte, colaborador del gobierno de Suarez, Pinochet soñaba con un funeral con todo el despliegue y la parafernalia como el de Franco. Aunque ya había oído algunas silbatinas en las calles de Madrid, no imaginaba que en su propio funeral a los 91 años, un joven muchacho, nieto del general Carlos Prats, asesinado en Buenos Aires en 1974, escupiría su féretro para la eternidad.



## 2.- Operación Cóndor

La llamada “Operación Cóndor” es el caso de Terrorismo de Estado más extendido en América Latina durante el siglo XX. En concreto se trata de un pacto entre los servicios de seguridad de varios países del Cono Sur. En esta tenebrosa red de militares están involucradas las dictaduras de Brasil, Bolivia, Paraguay, Argentina, Uruguay y Chile. De hecho, hay testimonios de que ya en septiembre de 1973, militares brasileños habrían interrogado y torturado a detenidos de ese país en el Estadio Nacional de Santiago.

La Operación Cóndor tuvo su origen formal en octubre de 1975 como un supuesto encuentro para promover el “intercambio de información”, sin embargo, a la luz de los antecedentes conocidos en la actualidad, se trató de un vasto sistema de intercambio de personas que incluyó secuestros, torturas y asesinatos de opositores de los distintos países comprometidos en una supuesta lucha contra el comunismo. De este modo, exiliados uruguayos eran secuestrados en Porto Alegre y devueltos a Montevideo, exiliados chilenos eran asesinados en Buenos Aires y, desde luego, numerosos extranjeros acusados de subversión fueron asesinados en Santiago. Una sórdida complicidad criminal que puso en movimiento la barbarie, una verdadera máquina de la muerte.

En algunos países, los culpables han sido juzgados por estos crímenes de lesa humanidad, otros, como el mismo Pinochet, han muerto en la impunidad. Hay todavía muchas aristas de esta macabra historia que no han salido a la luz pública, sin embargo, con lo que conocemos es más que suficiente para llevar a la justicia a muchos de los responsables, civiles y uniformados, en Bolivia, Paraguay, Brasil, Argentina, Uruguay y Chile. Las dictaduras militares de este rincón de América Latina se confabularon contra el reclamo de justicia de sus pueblos por más de una década con la colaboración de jueces, sacerdotes, periodistas y políticos corruptos. Como siempre se ha sabido, todos los ejércitos de los países del Cono Sur, como casi todos los ejércitos de esta región,

compartían las mismas técnicas de terror aprendidas en la Escuela de las Américas en Panamá bajo la tutela de los Estados Unidos. El Departamento de Estado y la CIA son los verdaderos maestros del terror que, hasta el presente, siguen sembrando el dolor en tantos países. La Operación Cóndor es, finalmente, la más grave afrenta a nuestros pueblos y a los próceres que nos inspiran.

### 3.- Canto para una semilla

*No puede ni el más flamante  
pasar en indiferencia  
si brilla en nuestra conciencia  
amor por los semejantes.*

A cuarenta años del golpe de estado, es otro el momento de esta historia bicentenaria, pero los dolores son los mismos. Grandes mayorías excluidas de sus más elementales derechos, una realidad que no modificó ni el miedo, ni el terror ni años de dictadura, nuevas generaciones empobrecidas que anhelan un destino mejor. Para muchos chilenos y para millones de latinoamericanos, la educación, la salud y una previsión justa les están vedadas. Cuando ya la demagogia ha desgastado las palabras, cuando el olvido pretende encubrir a los culpables, cuando nadie habla de aquellos años de horror, los pobres siguen aquí.

En todas las grandes ciudades de nuestro continente, entre los insolentes edificios de cristal y acero, en medio de vigilados centros comerciales, están los inmigrantes, los cesantes, la mujer y su crío, el rostro doloroso de la otra humanidad, aquella que no aparece en los rutilantes avisos publicitarios, los que no aparecen en televisión. Detrás de las vitrinas, mirando un mundo que no les pertenece Ahora que los gerentes del neoliberalismo nos mienten con números en la mano, ahora que nos dicen que estamos en “democracia”, los pobres siguen aquí... Es cierto, los pobres siguen aquí, pero sus verdugos también.

Las nuevas generaciones deben saber que “anda la sombra en la tierra” y está suelta entre nosotros. Las nuevas generaciones deben saber que son ellos la semilla, el precioso germen de dignidad que espera a la vuelta de cada esquina. Mirar lo hórrido con dolorosa serenidad es la

mejor respuesta a tanta mentira, a tanta codicia, a tanto egoísmo, a tanto olvido. El horizonte comienza justo allí, cuando se secan las lágrimas y florece la simiente que fructifica sin miedo en la historia

## A Cuarenta Años: Crónica de un Golpe de Estado IX

### Augusto Pinochet: El Icono

#### 1.- El caso Pinochet

Para nadie es un misterio que Augusto Pinochet, el general golpista de 1973, murió impune, rodeado de sus familiares y con las bendiciones de su capellán. Sin embargo, tras su detención en Londres habría que relativizar tal afirmación. En efecto, el dictador no fue juzgado ante un tribunal en España ni, mucho menos en Chile; sin embargo, su caso fue ventilado para el mundo, en vivo y en directo, en la *Cámara de los Lores* en la capital británica, poniendo en escena un verdadero “juicio mediático” para millones de espectadores alrededor del mundo.

Es claro que aquello que se juzgó ante un público mediático híper masivo no atañe solo a un individuo sino al régimen que encarnó. No olvidemos que la acusación sobre el dictador era por crímenes de lesa humanidad, esto es, por violaciones sistemáticas contra los derechos humanos. Frente a delitos imprescriptibles de tal naturaleza se debieron pronunciar organizaciones de escala planetaria como la ONU, el Parlamento o *Amnesty International*. En suma, si bien Pinochet no enfrentó un tribunal IRL (*in Real Life*), lo cierto es que sí fue juzgado por una humanidad frente a la pantalla de su televisor o a través de las redes digitales, diríase que se escenificó un “juicio virtual”.

Es interesante hacer notar cómo el gobierno chileno de la época, encabezado por Eduardo Frei Ruiz-Tagle y su canciller José Miguel Insulza, pusieron todo el aparato del estado para rescatar al dictador, lo que a la postre lograron en secretas negociaciones. Los argumentos esgrimidos atendían a la soberanía de la justicia chilena y a la territorialidad de la causa, tales falacias ocultaban el hecho de que se trataba de crímenes contra la humanidad y que la noción de territorio resulta inaplicable en estos casos como lo han demostrado juicios posteriores en La Haya. En una trágica ironía, el dictador que había dictaminado la muerte de Eduardo Frei padre, había sido salvado por Eduardo Frei, hijo. Apenas tocó suelo nacional, el enfermo imaginario se puso de pie ante el país, sumando otra mentira a su longeva satrapía.

Puesto en perspectiva, el *“affaire Pinochet”* pone en evidencia la tremenda injerencia de los llamados poderes fácticos, empresariales y castrenses, en un país con una institucionalidad hecha a la medida de la impunidad. Tras cuarenta años, seguimos sumidos en la misma atmósfera moral contaminada que favorece a un puñado de civiles y uniformados que actuaron como autores o cómplices de crímenes atroces contra compatriotas. Hasta el presente siguen muchos personeros de extrema derecha manipulando los destinos del país, enriquecidos e impunes tal como el criminal al cual sirvieron por años.

## 2.- El Icono Pinochet

Tras su muerte, el icono cultural sobrevive. La extrema derecha ha encontrado en el Icono Pinochet una “Marca Registrada” que permite justificar y lucrar a una serie de organizaciones fantasmas integrada por ex militares nostálgicos y colaboradores de la dictadura. Su insolencia ha llegado al punto de exhibir un documental sobre la figura de Pinochet, una provocación que realiza una apología del genocidio y una celebración del crimen y la violencia en lo que se llama una “democracia”

El pinochetismo sigue presente entre nosotros, insolente e impune. En medio de la capital se clava como un vergonzante cuchillo la Avenida 11 de septiembre en una comuna cuya alcaldía estuvo, hasta hace muy poco, en manos de un “ex boina negra” y agente de la DINA,. La Armada Nacional bautiza un navío con el nombre de Almirante Merino, honrando la memoria de uno de los artífices del golpe de estado. Todos hechos que serían inaceptables en cualquier democracia mínimamente digna de tal nombre.

El Icono Pinochet encubre los antecedentes históricos comprobados de un dictador que utilizando un discurso pseudo patriótico y el asesinato sistemático de opositores entregó su país a los capitales transnacionales, enriqueciéndose él mismo y sus cómplices. Augusto Pinochet sigue presente en Chile, no solo en su institucionalidad sino en el imaginario profundo de una derecha autoritaria que defiende la “obra” del general, la misma que le ha permitido vivir una “Edad Dorada” de grandes dividendos, en medio de su clima óptimo caracterizado por la paz y el orden, como en los cementerios.

A cuarenta años del golpe de estado, el Estadio Nacional ha vuelto a ser escenario de partidos de fútbol y muy pocos recuerdan que ese mismo lugar fue la escenografía de pesadilla de un campo de concentración. A

cuatro décadas de la ignominia, la ciudad retoma cada mañana su ritmo frenético, mientras los titulares de prensa nos informan del último escándalo de un amnésico mundo político que ha sido degradado al nivel de una patética farándula. Es el hedor nauseabundo de una falsa democracia que persiste obstinada entre nosotros, recordándonos que los muertos siguen allí, esperando desde la eternidad su redención en la historia.



### 3.- Tragedia

Las tragedias históricas sobreviven a sus protagonistas, pues ellas ponen en escena algo que trasciende los destinos individuales y que marca a muchas generaciones. Es como si en las tragedias irrumpiera otro tiempo, un tiempo presidido por la muerte y el dolor de muchos, tiempo de víctimas y victimarios. Un tiempo, en fin, en que la barbarie y la injusticia coexisten con toda dignidad pisoteada. Se puede analizar una tragedia histórica y política desde el contexto que la hizo posible. Se puede intentar una aproximación emocional, dimensionando el dolor que una tragedia acarrió a tantas víctimas. Sin embargo, la más aguda inteligencia y la más sutil inteligencia emocional no alcanzan para captar la “profundidad espiritual” de una tragedia, es en su profundidad donde podemos barruntar un sentido a tanto dolor.

Transcurridos cuarenta años desde aquella tragedia, el golpe de estado en Chile sigue siendo una referencia obligada en la historia política de América Latina y del mundo entero. Esto no se debe solamente a que sea una triste evidencia más de la Guerra Fría o de la dominación imperialista estadounidense en esta región del mundo. No se trata tan solo de la barbarie desatada por una dictadura y su secuela de atroces torturas, abusos y asesinatos. Hay algo más en lo acontecido que se nos escapa y cuyos ecos resuenan en nuestra historia, por más que la televisión y la publicidad quieran aturdir nuestro pensamiento.

El crimen de Augusto Pinochet y sus cómplices civiles y uniformados es un intento radical por frustrar el anhelo de dignidad de millones de chilenos. Su dictadura se estatuyó sobre el odio y el miedo, mutilando el destino de muchos. Por decirlo así, su crimen abrió un universo alterno presidido por la violencia, la codicia y el egoísmo de unos pocos, inaugurando un mundo en que todo valor es degradado por la injusticia, reduciendo la dignidad de la vida humana a la mercantilización de la vida. Detrás de una pretendida modernización capitalista se esconde el más grave retroceso espiritual y moral de una sociedad entera,

salpicada por la sangre de las víctimas. Referirse a una tragedia bien pudiera parecer una monótona letanía, una obstinada insistencia. Es así, no hay otro modo de aproximarnos a aquello que se juega en cada tragedia humana y que está más allá del tiempo. En este sentido, sí, la voz del cronista no podría ser sino una y la misma cada vez, voz tan serena como solemne.

El crimen cometido en Chile no atañe, tan sólo a los dramáticos sucesos conocidos por todos. El verdadero Mal está todavía con nosotros, en nuestra vida cotidiana, en la injusticia naturalizada y aceptada como desesperanza. La verdadera traición a Chile es haber impedido que, por vez primera, aquel hombre y aquella mujer humildes, hubiesen comenzado a construir su propia dignidad en sus hijos, y en los hijos de sus hijos.

En un sentido último, Augusto Pinochet Ugarte, fue la mano tiránica que interrumpió la maravillosa cadena de la vida. Como Caín, el general asesinó a sus hermanos, ofendiendo la profundidad espiritual que late en el fondo de la historia humana. Sus obras, su herencia lamentable ya la conocemos: generaciones de chilenos condenados al infierno de la ignorancia, la pobreza, el luto y la indignidad. En el Chile del presente no hay paz para los muertos como tampoco la hay para los vivos.

Más allá de las complicidades de la mentira para ocultar la naturaleza de aquella tragedia; por mucho que se esfuercen algunos falsos profetas en exorcizar las cenizas, enseñando la resignación; y más allá de los demagogos de última hora que administran hoy el palacio: hay un pueblo silencioso y paciente que encarna el advenimiento histórico de un mundo otro

## A Cuarenta Años: Crónica de un Golpe de Estado X

### Augusto Pinochet y el Nuevo Orden Mundial

#### 1.- Pinochet y el Nuevo Orden Mundial

El golpe de estado en Chile no solo fue un episodio geopolítico de la Guerra Fría, fue también la instalación de un régimen que convirtió un país entero en un gran laboratorio de “*ingeniería social*” Tal como se ha señalado, se instrumentalizó el *Shock* político y económico para abolir la memoria democrática en el país, abriendo así cauce a las políticas privatizadoras neoliberales. En pocas palabras, se instituyó en *Chacarillas* un régimen corporativista: el maridaje entre un Estado policial y el Capital nacional y extranjero, en el seno de una sociedad oligárquica con instituciones democráticas debilitadas.

Nada del acontecer político y económico de las últimas cuatro décadas ha sido casual, muy por el contrario, estamos ante un despliegue planificado de políticas conducentes a la hegemonía del capital en la sociedad chilena como parte de un proyecto de escala planetaria. La dimensión mundial del proyecto neoliberal hace de Pinochet el siniestro mayordomo de grandes corporaciones con sede en Wall Street. Es allí donde nombres como Rockefeller, Morgan y muchos otros construyen un mundo a la medida de los banqueros, sometiendo de paso a pueblos enteros a guerras, bloqueos, crisis políticas y financieras. El golpe de

estado chileno es parte del plan neo conservador mundial inspirado en el neoliberalismo.

La ideología neoliberal representa una ruptura respecto del liberalismo del siglo XIX. Se consigna su nacimiento en 1947, tras la Segunda Guerra Mundial. El texto fundacional de esta doctrina fue escrito por Friedrich Hayek en 1944: *Camino a la servidumbre*. El mensaje es una argumentación apasionada contra el intervencionismo estatal, pensando, por cierto, en las tesis socialdemócratas en torno al *Welfare State*, incluido en *New Deal* desplegado por el presidente Franklin D. Roosevelt.

Para luchar contra el *Estado de Bienestar*, que finalmente se impuso en Europa, Hayek convocó, en *Mont Pèlerin*, Suiza, a un grupo de notables, entre los que se contaban nombres de la talla de Karl Popper, Milton Friedman, Walter Lippman, Michael Polanyi y Salvador de Madariaga, entre otros. Nació así la *Sociedad de Mont Pèlerin*, un grupo especializado en una cruzada contra el keynesianismo, apostando a una forma de capitalismo menos restrictivo, más duro.

Pocas veces se ha advertido que la doctrina neoliberal con su prédica contra el igualitarismo y la regulación social, argumentando que la desigualdad es un valor positivo, acaso imprescindible, se inscribe, claramente, entre las teorías económicas y políticas más radicales del siglo XX. Como toda postura radical, el neoliberalismo no fue tomado muy en serio durante las tres décadas de postguerra, se trataba más bien de una teoría extrema y exótica que se revisaba con precaución en el ámbito académico.

Diez años antes de que el primer gobierno neoliberal se instalara en Gran Bretaña de la mano de Margaret Thatcher, surgía en América Latina una cruenta dictadura encabezada por Augusto Pinochet que, inspirada en Milton Friedman, convertiría a Chile en una experiencia

piloto. Es interesante notar que la abolición del régimen democrático no significó ningún obstáculo para desplegar la doctrina neoliberal en nuestro país, pues, como había explicado Hayek, la democracia no es un valor propio del neoliberalismo.

Las medidas neoliberales chilenas incluyeron, desde luego, desregulación, desempleo masivo, violenta represión de los sindicatos, privatización de bienes públicos y una redistribución del ingreso a favor del quintil más rico de la población. Esta receta del llamado *Shock*, se aplicaría más tarde, *mutatis mutandi*, bajo el gobierno de la señora Thatcher en el Reino Unido, marcando con ello el inicio de una clara hegemonía ideológica del neoliberalismo a nivel mundial. En América Latina, la nueva doctrina comenzaría a implementarse hacia fines de los años ochenta: Salinas en México, Menem en Argentina, Pérez en Venezuela y Fujimori en Perú.

En Chile, tras dos décadas concertacionistas, de inspiración socialcristiana y socialdemócrata, se consolidó la plena hegemonía de las tesis de *Mont Pélerin* en tanto estos gobiernos hicieron suyas las políticas neoliberales. El triunfo de la derecha en nuestro país hace explícito un giro neoliberal hacia su estado más puro, esto es, favorable al capital financiero y a la privatización como principio operante, lo mismo que a la “desigualdad natural” que se traduce en una desigualdad estructural y programada, apenas un matiz post pinochetista.

## 2.- Chacarillas: Un sueño realizado

Uno de los rasgos que más llama la atención de la actual derecha chilena es su monótono discurso neoliberal, según el cual los grandes desafíos que enfrenta el país dependen más de un mercado fuerte, amplio y abierto que de un Estado moderno y eficiente. Se trata, desde luego, de una visión ideológica que, entre muchas otras cosas, olvida el origen espurio de nuestra *sociedad de Mercado*, un sangriento *Golpe de Estado*.

Las políticas neoliberales, en Chile como en otras latitudes, encuentran condiciones de posibilidad sólo cuando esta ideología se apropia del aparato estatal, sea a través de mayorías circunstanciales o bien mediante las armas. Tal como y lo han señalado muchos teóricos, el capitalismo triunfa sólo cuando es el Estado. El Chile actual representa, precisamente, esa identificación estrecha entre Estado y capital.

En estricto rigor, el neoliberalismo no es adversario del Estado en sí mismo, la mejor prueba de ello son las desesperadas y millonarias políticas gubernamentales en algunos países como Estados Unidos y el Reino Unido, tendentes a salvar a poderosas corporaciones del mundo financiero. En pocas palabras, el Estado es bueno y deseable cuando sirve al capital, y por el contrario, resulta nefasto cuando se convierte en un estricto ente regulador y fiscalizador.

En el caso de nuestro país, la vinculación incestuosa entre el Estado y el capital no se inaugura con el actual gobierno de derecha sino que, insistamos, se es parte del diseño dictatorial. Los gobiernos concertacionistas, más allá de la demagogia de sus personeros de turno, mantuvieron, en lo fundamental y con leves matices, esta complicidad que ha asegurado buenos y lucrativos negocios a los inversionistas criollos y extranjeros.

El actual gobierno de la derecha chilena pone en evidencia no sólo la hegemonía económica sino su extensión al aparato estatal y, mediante el control mediático, al ámbito cultural. Sostener que la derecha chilena sólo llena un vacío coyuntural, derivado de la división de las fuerzas democráticas, parece más bien una ingenuidad que no se hace cargo de las condiciones estructurales del capitalismo chileno y de su impacto en el ámbito político y cultural. Todo indica que la presencia derechista en el Estado inaugura un vector inédito en este siglo XXI. En este sentido, el gobierno del señor Piñera hace explícita, sin coartadas ni mascaradas la relación entre el Estado chileno y los grandes capitales. Digamos de paso que el carácter actual del Estado policial se halla definido constitucionalmente, lo mismo que el ordenamiento económico. Dicho con brutal franqueza, Chile no ha roto el cerco impuesto por la dictadura militar, sino que más bien ha sido testigo del despliegue y desarrollo de *su* diseño económico y político hasta el presente.

### 3.- Neoliberalismo: Capitalismo del desastre

Hace algunos años, Naomi Klein, reconocida investigadora canadiense, escribió un libro que resulta ser la historia no oficial del libre mercado "*La doctrina del Shock*"(2007), en la que muestra cómo la implantación de políticas neoliberales se ha llevado a cabo en momentos de crisis políticas (guerras o golpes de estado), económicas (grandes turbulencias locales o mundiales) o naturales (catástrofes). La actual crisis económica a nivel mundial, en desarrollo, pareciera convertirse en el momento propicio para una nueva arremetida conservadora en diferentes partes del mundo.

Las noticias del mundo global no son alentadoras. Una mirada panorámica nos muestra un anémico crecimiento de la economía estadounidense, desaceleración de la locomotora china y crisis abierta en la eurozona con un desempleo promedio del 11% que es el doble en España. Como ya parece habitual cada tantos años, el capitalismo mundial se aproxima a una nueva crisis. La salvedad, ahora, es que aquella burbuja que se generó en Manhattan hace una década se ha transformado en una metástasis o, si se prefiere, en una "burbuja global"

Nos aproximamos a una crisis económica global, una circunstancia muy extraordinaria que no resulta previsible. Se trata de una "singularidad" que involucra economías regionales completas, como la zona euro, a economías como la China con 1.400 millones de habitantes o a los Estados Unidos, todavía la primera economía del planeta. La globalización que nació como una integración mundial de los mercados bajo la impronta neoliberal ha generado un escenario tan intrincado y complejo que no hay país alguno capaz de escapar de los efectos de una debacle de proporciones. Hoy se habla de España o Grecia, pero lo cierto es que todo el sistema financiero mundial está en graves aprietos.



El escenario latinoamericano, por lo menos aquel que puede observarse en la última Cumbre de las Américas, es política y económicamente muy heterogéneo. Los países de la región están escasamente integrados, a pesar de valiosos esfuerzos de algunos gobiernos. Salvo el caso de Brasil y México, se trata de economías pequeñas a escala global cuya modalidad ha sido llamada “capitalismo neo-extractivista”, con agudos problemas sociales no resueltos cuyo destino a mediano plazo es incierto. Si bien la presencia de China como socio comercial se ha acrecentado estos últimos años, una crisis de la economía europea o norteamericana va a tener repercusiones serias en la región. Para desgracia de nuestros pueblos, ya conocemos las recetas del FMI en estos casos, austeridad fiscal, desempleo y miseria para los más.

La economía en nuestro país es particularmente sensible al clima mundial. Vamos a atravesar turbulencias y lejos de estar “blindados”, como alguna vez se proclamó, lo cierto es que en cada crisis, los chilenos asalariados ponemos en riesgo no solo los empleos sino también los ahorros previsionales y la posibilidad misma de una vida digna. El cobre, una de las principales exportaciones chilenas, sigue a la baja, mientras el dólar se desvaloriza. Estos indicios son preocupantes y no afectan tan solo, como pudiera pensarse, a grandes empresas. La receta es conocida, en el *“Capitalismo del desastre”*, las grandes empresas reclaman alternativamente subsidios estatales o privatizaciones, en ambos casos los que pagan las pérdidas son los ciudadanos. Un estado disminuido en sus capacidades de protección o asistencia social en virtud del credo neoliberal no puede sino agravar el pesimismo frente a las consecuencias de esta nueva crisis económica global que ya ha comenzado.

#### 4.- ¿Hacia un fascismo global?

Como ya ha sido advertido, el advenimiento del régimen nazi puso en marcha el lado oscuro de la modernidad. Todos los logros tecnológicos de Europa fueron puestos al servicio de un poder político totalitario. Nació de este modo la propaganda política mediática en gran escala y la guerra moderna. Esa misma lógica tecno industrial se aplicó al exterminio sistemático de millones de seres.

El poder de Hitler y de su partido se sostuvo en tres pilares fundamentales: Propaganda, Control Policial y Guerra. Como ya se sabe, fue Joseph Goebbels el inspirador y artífice de una política propiamente moderna de propaganda en gran escala. En su calidad de ministro de propaganda e ilustración popular del Tercer Reich y mediante la aplicación de principios de psicología social, utilizó todos los medios disponibles tales como prensa de gran tiraje, carteles, radiodifusión y cinematografía. Había nacido la propaganda política en la era de la comunicación de masas.

Las tácticas militares también fueron inscritas en la nueva lógica industrial y moderna. Fue el talento de Heinz Guderian, quien llegaría a ser Jefe del Estado Mayor de la *Wehrmacht* el que concibió la llamada *Blitzkrieg* o guerra relámpago, una táctica que conjuga los ataques aéreos con el rápido avance de tanques e infantería coordinados mediante el uso de las telecomunicaciones. Es interesante destacar que Guderian se inspiró en parte en su amistad con el mariscal soviético Mijaíl Tujachevsky, amigo de Trotsky y fusilado posteriormente en lo que se conoce como la *Gran Purga* de Stalin.

El tercer pilar del régimen nazi fue la implementación de una policía secreta, la *Gestapo*. Esta organización respondía directamente al Führer y no estaba sujeta a ningún control jurídico. La *Gestapo* fue el modelo

para todas las organizaciones criminales que siguieron, siglas que no alcanzan a opacar su propósito último, la *tecnología del horror*: CIA, KGB, DINA y un extenso etcétera.

Si bien el Tercer Reich ya es historia, no podemos decir lo mismo de su lamentable legado. Los principios modernos de la *Guerra, la Propaganda y el Control Policial*, siguen muy vigentes en el siglo XXI y administran, hoy, el planeta entero. *Auschwitz* ha sido replicado hasta el presente en muchos lugares del mundo: *Villa Grimaldi* o *Guantánamo*, solo como tristes ejemplos específicos de un paisaje que se extiende por doquier. Este es el precio que la humanidad debe pagar para sostener la expansión neoliberal, el *capitalismo del desastre* y el *Schock* permanente.

Pensar el mundo actual como un gran *campo de concentración* es menos aventurado de lo que parece a primera vista. En la lógica *situacionista* habría que insistir en que “En el mundo *realmente invertido*, lo verdadero es un momento de lo falso ; finalmente, asistimos a un *espectáculo* que es ideología por excelencia, una tautología en que las imágenes naturalizan un orden económico, un poder que administra el mundo en nombre del orden y la libertad universales.

Al observar el repertorio temático diseminado por el planeta por la *Híper Industria Cultural*, no debiera sorprendernos que un lugar estelar corresponda a la *Guerra*. No se trata, tan solo, de conflictos locales. En la narrativa mediática, *La Guerra* se nos presenta como un *continuum* articulado de carácter modernizador y civilizatorio.

Para el europeo promedio da lo mismo que se trate de Libia, Irak, Siria o Afganistán, lo importante es que se trata de avanzar hacia la “democracia”, superando formas culturales retrógradas. El cúmulo de cadáveres es el costo necesario para el advenimiento de la “primavera”. Esta ideología propagada por la mayoría de los medios oculta los

intereses en juego, la depredación que anima las intervenciones militares y la degradación que ello supone para las víctimas y victimarios. La *Blitzkrieg 2.0*, satelital y digitalizada, casi no deja espacio a los ejércitos tercermundistas que se atreven a resistir en nombre la *soberanía nacional*.

Tal como ya ha sido expresado por numerosos pensadores, estamos bajo el signo de una *civilización de la violencia*, una época en que el capitalismo tardío ha devenido un capitalismo del desastre y del terror a escala global. Si ayer fue el *complejo militar-industrial* el que ordenaba la economía y configuraba el mapa del mundo, hoy asistimos a la era del *complejo militar – mediático*, una sociedad de la violencia y el espectáculo, una forma *sui generis* de *Fascismo Global*: “...el nuevo poder mediático y militar global ha creado aquella misma condición objetiva elemental bajo la que Walter Benjamin o Pier Paolo Pasolini definieron el fascismo moderno: el estado general de impotencia de una humanidad disminuida a la función de espectador y consumidor de su propia destrucción”<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Subirats, E. 2006 *Violencia y Civilización*. Buenos Aires. Losada: 163

## A Cuarenta Años: Crónica de un Golpe de Estado XI

### Signos de una dictadura: Decir. Ver. Hacer

#### 1.- El lenguaje de la dictadura

Pocas veces se ha advertido cómo una dictadura militar no solo prescribe las conductas de acuerdo a estrictos bandos y decretos donde se juega el control inmediato de las conductas. Esta coerción, mezcla de amenaza y castigo, posee, no obstante un rostro mucho más sutil que se proyecta en el largo plazo. Se trata de una militarización de lo sensible, aquello que atañe, precisamente, a qué es lícito decir, qué está permitido ver y, desde luego, qué prácticas son alentadas en detrimento de otras. Diríase que en una dictadura la regimentación física de la población corre paralela con su regimentación de lo sensible, aquellos modos de significación que construyen una circunstancia tenida por realidad en un momento dado de la historia.

Lo primero en desaparecer es, ciertamente, el carácter mismo de la asonada militar, el asalto ilegal de un poder constituido, mediante la felonía y la traición. El origen de toda dictadura entraña un crimen, sin embargo, es ese crimen y sus secuelas lo que es borrado de inmediato. De este modo, un golpe de estado, con toda su carga vergonzante, es desplazado por una “eufemía”, aquel silencio por miedo a usar palabras inconvenientes. Un golpe de estado será nominado “pronunciamiento

militar”, término con el que se quiere borrar de la memoria lo infamante de la infamia.

Todo decir será tamizado por un lenguaje, pretendidamente, aséptico y neutro, teñido de constitucionalismo. No olvidemos que la tarde misma de aquel 11 de septiembre de 1973, el entonces presidente de la Corte Suprema de Justicia, Enrique Urrutia Manzano, avala por televisión el golpe de estado, afirmando su plena legitimidad conforme a derecho. Este acto inicia un proceso de limpieza e instituye de suyo un orden de lo decible. Notemos que no se trata de una negación lisa y llana de los acontecimientos sino de una nueva significación de los mismos. Diríase que si toda realidad se afirma en una ficción, asistimos al nacimiento de una nueva “ficción hegemónica”, según la cual el crimen ha sido el mal menor ante un peligro inminente, cuyos héroes, desde luego, son los golpistas.

Hasta el presente se discute si acaso los textos escolares deben hablar de “gobierno militar” o “dictadura militar”, señalando las fisuras de la “ficción hegemónica” construida durante diecisiete años de dictadura. Lo que pudiera parecer, a primera vista, una discusión bizantina, adquiere su real alcance si lo pensamos como una tensión, una disputa, no resuelta entre distintos modos de significación de la realidad. Lo decible fue ordenado desde un poder que excluyó el disenso. Todo lo que pudiera poner en cuestión el nuevo orden militar fue calificado como un decir impropio, en rigor, un “decir subversivo” Notemos que la subversión no remite, tan solo al decir político sino también a los chistes y al humor.

## 2.- Lo visible, lo invisible

Si la prensa periódica regimentó lo decible, no es menos cierto que fue la televisión y sus noticieros los que se encargaron de administrar lo visible y lo invisible. En las noticias de la época se transmite una imagen de Pinochet como la de un presidente constitucional, asediado por enemigos externos y la complicidad de los “malos chilenos”. Se trata de una imagen que construye un esquema actancial arquetípico, el que divide el universo entre “amigos” y “enemigos”, un universo dual y funcional a un “estado de guerra interna”.

Lo que llama la atención es el desplazamiento de un gobierno colectivo, una Junta militar hacia la de un caudillo, el capitán general Augusto Pinochet. La prensa rastrera ensalzaré la imagen del nuevo líder, convirtiendo las noticias en espacio propicio para un ejercicio de “propaganda”, tal como enseñó Goebbels. La dictadura adquiere así un carácter personalista, una imagen que ordena el mundo político en la sociedad chilena y que marcará a una generación completa.

Lo que no se ve, aquello que no está permitido ser visto, lo invisible, es, justamente, la violenta represión del menor atisbo de oposición. No se vé los allanamientos ni las torturas a las que son sometidos los “malos chilenos”, tampoco los asesinatos en medio de la noche. Solo el rumor restituye de oídas los siniestros episodios cotidianos. Lo visible transmite una mirada alegre y optimista de un país en paz y en progreso gracias al general en el poder. Todo ello aderezado por una acentuación del “entertainment” en la parrilla televisiva y una hiperbólica presencia del fútbol.

Es importante señalar que si bien la llegada de la Concertación fue una transición negociada y, en extremo, condicionada, no es menos cierto que se trató de una profunda transformación de lo sensible. Por primera vez, después de muchos años, nuevos rostros, nuevos paisajes, nuevos temas, ocupaban el espacio de la vida diaria. Se puede afirmar que los límites de lo decible y lo visible fueron conmovidos aunque, habría que

consignar, esto no significó una ampliación de los límites de lo factible. Paradojalmente, el nuevo espacio del decir y de lo visible fue ocupado, principalmente, por la expansión simbólica del consumo y no por una escena de disenso. Tras diecisiete años de dictadura, la sociedad chilena redefine los términos de un consenso que atiende a una sensorialidad publicitaria y cosmopolita en que la noción misma de democracia se mercantiliza, transformando ciudadanos en consumidores.

A excepción de ciertas “marcas políticas duras”, de carácter extra parlamentario, la corriente principal fue ocupada por una escena de consenso. Serán los “spots” y los “escaparates” los que derramarán, como Warhol, “polvo de diamante” sobre las cabezas de millones de chilenos. De este modo, el “glamour” logra opacar toda posibilidad de “memoria” y, en el límite, oculta las restricciones del hacer. La sociedad chilena sigue el rutilante camino de una “democracia de baja intensidad”, otra forma de decir, un pinochetismo sin la imagen omnipresente del dictador, pero con las mismas reglas del juego.



### 3.- Lo sensible político

Cuando en una sociedad se instala una unidad primordial entre las palabras y las cosas que refiere, cuando se asume un consenso en cuanto a las percepciones y sus significaciones, estamos ante un “sentido común” Así, en el Chile de hoy se admiten nociones que están reñidas con cualquier ética cívica y, sin embargo, se han “naturalizado” sin que a nadie se le ocurra tomar una distancia crítica. A nadie llama a escándalo una forma política escasamente democrática, tan clasista como excluyente. A nadie llama a escándalo que en cada ciudad se practique una celosa “ecología de clases” que separa a ricos y pobres, que lo mismo acontezca en relación a la educación o a la salud.

Lo mismo ocurre con temas tan sensibles como los derechos humanos y el estado de impunidad de muchos civiles y uniformados que participaron de hechos deleznable. La gran mayoría de la sociedad chilena sigue sumida en los cánones de un “sentido común” que no alcanza a dimensionar el ultraje de que ha sido objeto. A pesar de casi dos décadas del “retorno a la democracia”, no se ha sedimentado en nuestro país una genuina escena de disenso, aquella que ponga en cuestión las percepciones y sus significaciones, única manera de pensar otra sociedad posible. Se trata, por cierto, de un problema cultural que está determinando el horizonte político de lo concebible.

En esta escena, nada tiene de extraño que lo político haya devenido una farsa, un espectáculo, a ratos grotesco, que excluye el disenso. De este modo, asistimos, cada tanto, a eventos electorales en que cada cual vota, pero no elige. La constitución vigente delimita los posibles del hacer, acotando toda posibilidad otra de concebir el presente histórico. En este estado de cosas, el cambio es percibido por el “sentido común” como infracción o amenaza, cuando no como un delirio provocado por el opio. Lo que advertimos como conservadurismo duro o, en términos institucionales, como una democracia oligárquica, no es otra cosa que un mundo en que una ficción hegemónica asentada en lo sensible

político, percepciones, significaciones, nos impide pensar. La dictadura chilena no solo nos legó una constitución que cristaliza un orden social sino que, sobre todo, nos impuso límites sensibles que, hasta hoy, impiden el hacer.

## A Cuarenta Años: Crónica de un Golpe de Estado XII

### Una dictadura de extrema derecha

#### 1. Las tres caras de la derecha

La figura del dictador Augusto Pinochet, revisada a cuarenta años de distancia, resulta ser una mixtura extraña y, por momentos grotesca. Como la realidad misma de nuestras tierras, el asalto y ejercicio de su poder evidencia su condición híbrida, mezcla paradójica de distintas tradiciones, unas más execrables que otras. Se puede afirmar que detrás de sus gafas oscuras se anudan las más ancestrales tradiciones de la derecha chilena. En efecto, a lo largo de sus largos diecisiete años acompañaron al general diversos personajes portadores de tradiciones políticas muy diversas, en periodos distintos.

Como se ha dicho, la derecha chilena bebe de tres grandes fuentes históricas, a saber: el nacionalismo, el fundamentalismo católico y el neoliberalismo económico. En un periodo inicial, conspirativo y post conspirativo, no cabe duda del protagonismo que adquirió la componente nacionalista encarnada en el líder de "Patria y Libertad". Al leer los "Principios de la Junta de Gobierno", queda en evidencia su afirmación de valores adversos y críticos del capitalismo de consumo, entendido como una forma decadente de la cultura contemporánea que promueve la destrucción de valores entre los jóvenes. Su deriva política

lo convertirá en el movimiento “Avanzada Nacional”, una turbia organización cuyos nexos con la DINA resultan hoy innegables.

Como bien sabemos, esta presencia inicial del nacionalismo chileno en el gobierno de la época quedará muy disminuida o rebajada a mera retórica después de *Chacarillas*. Cuando el dictador anuncia una futura constitución que debe consagrar una democracia autoritaria, el papel protagónico corresponde al abogado constitucionalista y padre del “gremialismo” Jaime Guzmán Errázuriz, verdadero cerebro jurídico de la dictadura militar. El “gremialismo” fue un movimiento de extrema derecha ligado a la corriente conservadora católica Opus Dei de clara filiación franquista que había nacido en plena democracia en los pasillos monacales de la sede oriente de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Si correspondió al gremialismo diseñar el ordenamiento político post dictatorial bajo el que, todavía, se desarrolla la vida política nacional, fueron los neoliberales los encargados de crear la arquitectura tecno económica destinada a transformar de raíz el Estado Nacional Democrático Popular que había caracterizado a Chile durante las décadas anteriores al golpe de estado. Inspirados en Milton Friedman y sus teorías, los llamados “Chicago Boys” se dieron a la tarea de privatizar la infraestructura del país y la vida misma de los chilenos. Mediante una política de *Shock* se inició en Chile un experimento radical que luego sería adoptado en diversas partes del mundo hasta nuestros días.

La dictadura militar se nutrió, entonces, en diversos periodos, de las tres tradiciones de la derecha criolla, construyendo los pilares políticos y económicos de un proyecto hegemónico, un diseño socio cultural que se nos muestra en la vida cotidiana como una “sociedad de consumidores” asentada en un estado policial que se expresa en lo político como una “democracia oligárquica” Las nuevas generaciones han sido socializadas bajo un “estado de excepción” que reduce su ciudadanía al

derecho a voto en un sistema binominal administrado por las elites políticas. En Chile, la palabra libertad se entiende, en estricto rigor, como “libertad de comercio”

## 2.- Dictadura. Historia. Aberración.

Uno de los rasgos característicos de la dictadura chilena fue su desesperado afán por inventarse alguna genealogía, una prosapia histórica. La extrema derecha se inventó un mítico Diego Portales, así como una caricatura de Bernardo O'Higgins. De algún modo, el dictador intentó que sus escribas reeditaran la historia en la cual era posible que su miserable gesta tuviese algún sentido. Tarea nada sencilla para sus acólitos, pues la traición de los militares aniquiló una concepción de democracia y un concepto de república. La Moneda en llamas representa como ningún otro momento de nuestra historia el punto más bajo a que puede descender una sociedad, la barbarie lisa y llana.

Después de esa tragedia todo deviene mero "pastiche", escenografía y gestualidad inane, un espacio institucional de formas vacías y alambicadas. Se evocan próceres y gestas que no hallan su correlato en un presente infame. Ni la capa del general, ni la nueva estrofa del Himno Patrio alcanzan a ocultar el desfondamiento de cualquier tradición histórica de los golpistas de septiembre de 1973. La infamia es, de suyo, una singularidad, como lo es la traición, la felonía. La tragedia de septiembre es destrucción y muerte que se inscribe en la historia como silencio y oscuridad, ira homicida, sangre. No puede haber racionalidad que contenga aquello, se trata de acciones que transgreden cualquier consideración ética. La lógica militar solo reviste de un barniz de racionalidad, política, económica, el hecho esencial de aniquilar a los semejantes. Al igual que Caín, la mano culpable solo puede seguir existiendo con el estigma de una culpa silenciosa.

La aberración excede lo histórico, así Villa Grimaldi, como antes Auchwitz, se separan del tiempo histórico para instalarse en el "terror", un pavor que linda con lo numinoso. Tal es la dimensión profunda de la violencia desatada en nuestro país. Ante este abismo los propios

verdugos se inventan una coartada, llaman “guerra interna” a su propio delirio que les ha manchado las manos de sangre inocente.

## 2.- Augusto, el delincuente

Toda la imagen del Capitán general, construida con esmero por sus asesores y que trataron de limpiar el rostro del golpista no duró mucho. El punto de inflexión fue su detención en Londres. Al igual en la penitenciaria, toda la derecha chilena comenzó una peregrinación hacia la capital inglesa, lo único que faltó fue llevar cigarrillos o manzanas al reo Pinochet. No obstante, su absoluta degradación se produciría al destapar el escándalo de sus cuentas secretas en bancos norteamericanos por varios millones de dólares.

El general de la patria era, después de todo, un vulgar ladronzuelo que lejos del discurso heroico mostraba la hilacha... Toda su gesta quedaba reducida a lo que en lenguaje vulgar se conoce como un “*cogoteo*” El enriquecimiento ilícito del dictador y de sus colaboradores rebaja la estatura de su gesta a un acto delincuencia inspirado en la codicia para él y los suyos. Bajo nombres ficticios, la familia “López” había abusado de un país sometido por la fuerza a la resignación. Los grandes valores y toda la demagogia dictatorial ocultaban una manera sórdida de enriquecerse y enriquecer a su familia. Por unos dólares más, un oscuro general se prestó para traicionar a un gobierno constitucional en defensa de los intereses de una potencia extranjera y de un grupo de plutócratas dispuestos a toda forma de adulación y servilismo.

La caterva de civiles y militares que participaron del golpe de estado salió millonaria tras diecisiete años de crímenes y abusos. Hoy constituyen un poder fáctico de la derecha chilena, posando de empresarios y demócratas, defendiendo a ultranza el legado de su extinto líder. Si bien el nombre de Pinochet fue juzgado en la arena internacional de los medios, no aconteció lo mismo en nuestro país. Los tribunales chilenos no fueron capaces de cumplir la promesa del gobierno chileno para traer de regreso al auto designado “senador Pinochet”, quien en un gesto insolente se puso de pie al pisar territorio nacional después de haber sido liberado por razones humanitarias.



Augusto Pinochet se inscribe por derecho propio como uno de los mayores delincuentes que haya conocido el país. Todo pretexto político es inútil para ponderar sus responsabilidades en actos reñidos con los más elementales principios éticos y legales. Faltar a sus deberes militares, tortura y asesinato de compatriotas sin juicio previo, autoría intelectual de acciones terroristas contra chilenos en el extranjero, participación en organizaciones criminales (DINA), enriquecimiento ilícito. La mayoría de sus acciones han sido ya tipificadas como crímenes de lesa humanidad que han quedado, para vergüenza de los tribunales de la república, en la más absoluta impunidad. Con la excepción de algunos jueces y un puñado de valientes abogados, podría decirse que esta omisión ha manchado el historial de la justicia chilena.

## A Cuarenta Años: Crónica de un Golpe de Estado XIII

### La guerra de Augusto

#### 1.- La guerra interna

A lo largo de la historia algunos hombres marcan el destino de sus pueblos con el delirio cruento de traición y la guerra. Como verdaderos predicadores del odio solo llevan devastación y muerte a las familias, obligando a sus huestes a la degradación y el crimen. El cronista suele reconocerlos como bárbaros, legiones que han sido el azote de los pueblos cuyo legado no es sino la destrucción y el dolor. La historia atestigua con suficiencia este tipo de tragedias donde lo que muere no es solo aquello que es, vidas humanas, sino aquello que *pudo ser*, los sueños y anhelos de muchos.

La tarde misma del 11 de septiembre de 1973, la soldadesca desplegada por los golpistas se volcaba en todo el país hacia los barrios populares en busca del “enemigo interno”, esto es, trabajadores, campesinos, mujeres y niños que habían sido la base social del gobierno de la Unidad Popular encabezado por el presidente Salvador Allende. Mientras la cadena radial transmitía bandos y marchas militares, los uniformados allanaban universidades, poblaciones y las barriadas pobres en las ciudades de Chile. Los estadios y muchas dependencias militares fueron convertidos en campos de prisioneros. Los soldados se ensañaban contra su propio pueblo desarmado, iniciando así la pesadilla de una supuesta “guerra interna” de acuerdo a los manuales sobre “seguridad nacional” editados en Washington. La guerra de Augusto había comenzado.

Al día siguiente del golpe de estado, Augusto Pinochet decretó el “estado de guerra interna” (*Decreto ley N° 5 del 12 de septiembre de 1973*), con ello se justificó el fusilamiento sin juicio simulando consejos de guerra que nunca se efectuaron. Como ha explicado el abogado de derechos humanos, Eduardo Contreras:” De tal suerte que aunque en nuestro país lo que sucedió a partir del golpe fue una masacre, una matanza, un genocidio contra un pueblo desarmado y no una guerra, desde el punto de vista jurídico y en mérito del DL citado, sí hubo, legalmente, estado de guerra y por consiguiente los prisioneros fueron, técnicamente, todos ellos prisioneros de guerra. Así lo ratificaron además diversos fallos de la mismísima Corte Suprema de aquellos años que, avalando la acción de la dictadura, sostenía invariablemente que en Chile estábamos en guerra”

Sería esta condición de “guerra interna” la que posibilitaría los escasos juicios que se han llevado a cabo: “...al hacer aplicable la legislación de tiempos de guerra la dictadura hizo aplicables los Convenios de Ginebra, que eran ya hacía tiempo ley chilena tras su ratificación y aprobación a comienzos de la década de los años 50 del pasado siglo y cuyo artículo 3º, común a los 4 Convenios, establece la imprescriptibilidad de los delitos de lesa humanidad. Es precisamente lo que ha hecho posible los procesos en curso hoy en Chile por las violaciones específicas, caso a caso, de los derechos humanos”

La guerra de Augusto no fue sino un coartada pseudo legal para justificar crímenes de lesa humanidad, una manera de cohonestar la violencia homicida escenificada en todos los rincones del país. A cuarenta años del golpe, muchos de los civiles y uniformados que protagonizaron esta “guerra interna” siguen impunes, sobreviviendo a su felonía, muchos de ellos enriquecidos, posando de demócratas. La guerra de Augusto se instala entre nosotros como una mancha de sangre en las últimas décadas del siglo XX.

## 2.- Historia nacional de la infamia

La guerra de Augusto representa para las nuevas generaciones uno de aquellos episodios que merecen un lugar principal en la *“Historia Nacional de la Infamia”* Instrumentalizar a las fuerzas armadas para servir a una potencia extranjera y volver las armas contra su propio pueblo, bombardeando el palacio de gobierno, sirviendo así a las elites de oligarcas temerosas de perder sus privilegios en un mundo democrático. Pocas veces en nuestra historia se ha degradado a tal punto el sentido básico de patriotismo y dignidad nacional. Sembrar un país de tumbas sin nombre, convertir los espacios públicos dispuestos para la alegría y el esparcimiento en “campos de concentración”, hacer de la vida cotidiana una amenaza constante de la “policía secreta”, hacer de la desaparición y la tortura una práctica naturalizada, tal es la guerra de Augusto.

Las calles desiertas por un “toque de queda” mantenido durante muchos años. Un país de silencios habitado por los fantasmas de muchedumbres, levantando sus puños, soñando dignidades, reclamando justicia. Es el misterio de lo ausente, oquedad infinita de lo que no pudo ser, simiente para futuras generaciones. La guerra de Augusto representó la expulsión del país de miles de chilenos, separando familias y torciendo el destino de tantos. La guerra de Augusto fue el intento más radical por detener el tiempo histórico, erradicando para siempre las luchas sociales. Fue el intento de construir un mundo ajeno al mundo y a la vida en que la paz de los cementerios ordenaría la vida de los vivos.

Chile adquirió la pátina bronceada de otrora, los altos oficiales en tenidas de gala y el dictador presidiendo actos y fiestas con sus cómplices en las páginas sociales de El Mercurio. Augusto Pinochet construyó una dictadura “pelucona”, un alambicado mundo de paniaguados y rastros que le rodeaban, mientras la DINA, su particular organización criminal, hacía el trabajo sucio en las ciudades del país. La guerra de Augusto fue, de algún modo, la guerra de un dictador contra los relojes, como si el calendario pudiese detenerse para siempre en su hora de gloria un once de septiembre de 1973.

### 3.- A cuarenta años de la guerra de Augusto

Entre los muchos argumentos que se esgrimen para justificar la guerra de Augusto está aquel de los logros materiales de una modernización capitalista. Este tipo de argumentación olvida que con la misma lógica se puede aducir que Adolf Hitler terminó con la cesantía en la Alemania nacional socialista, ocultando la dimensión ética de dicho régimen que llevó a la perversión el totalitarismo.

El golpe de estado en Chile se puede explicar racionalmente como un lamentable episodio de la Guerra Fría que confrontó, a escala planetaria, dos sistemas económicos y políticos. El golpe de estado puede ser interpelado desde una aproximación emocional y así nos va a conmovir el abuso de tantas víctimas inocentes. No obstante, pocas veces se dimensiona la profundidad de lo acontecido, en este sentido, el golpe de estado en Chile puede ser aprehendido en su dimensión espiritual de *“numinoso terror”*

La muerte y el sufrimiento confronta a las sociedades al pavor y el pánico, estremecimiento ante lo irracional y la barbarie. Es esta dimensión de profundidad la que hace de estas experiencias algo que trasciende su circunstancia histórica. La guerra de Augusto alcanza así su carácter de infamia universal, crimen contra la humanidad toda. El golpe de estado en Chile constituye en todo el sentido del término una aberración que arrastró a un pueblo entero a su degradación.

A medida que el tiempo nos distancia de tan trágico acontecimiento, se advierte con creciente nitidez su significado más sutil. Es difícil encontrar las palabras para la dimensión inefable de un padecer colectivo que convierte a éstos en victimarios y a aquellos en víctimas. Solo a modo de aproximación se podría ensayar términos como estupor, vergüenza, indecible dolor. Al revisar recuerdos, testimonios e imágenes nos sobrecoge el silencio ante el mal, la locura y la muerte, cuando ya ni las lágrimas.

## A Cuarenta Años: Crónica de un Golpe de Estado XIV

### La muerte de Augusto

#### 1.- Los funerales de Pinochet

La historia, a veces, resulta irónica. Augusto Pinochet muere el 10 de diciembre de 2006, el día en que el mundo celebra el día de los Derechos Humanos. El protagonista de una las más cruentas dictaduras del siglo XX, acusado, precisamente, de crímenes de lesa humanidad moría aquel día en el Hospital Militar de Santiago, enriquecido e impune.

En todo el país hay dos sentimientos: Quienes celebran la muerte del dictador y aquellos seguidores de Pinochet que lamentan su partida. La figura controversial de Augusto Pinochet ha sido capaz de generar el fanatismo de algunos y el odio de muchos hasta el presente. Para los que defienden su legado se trató de un héroe un “libertador”, para sus detractores de se trata a todas luces de un “traidor” y un criminal. Si bien nunca se le reconoció su condición de presidente de la república y, por tanto no se le rindieron honores de estado, sí se le reconoció como Comandante en Jefe de su ejército.

La muerte de Pinochet trajo a la memoria de los chilenos todo lo acontecido tres décadas antes, marcando la profunda división que suscitó la dictadura militar entre “amigos” y “enemigos”, víctimas y victimarios, de un régimen de violencia extrema. Lo cierto es que su

muerte no dejó a nadie indiferente. Quizás el gesto más elocuente fue aquel que protagonizó Francisco Cuadrado, nieto del ex Comandante en Jefe, general Carlos Prats, quien fuera asesinado por la DINA en Buenos Aires en 1974. El nieto de Prats lanzó un escupitajo sobre el féretro de Augusto Pinochet representando con ello el deseo de una amplia mayoría de compatriotas.

## 2.- Los viudos de Augusto

Más allá del funeral de Pinochet, hay una proyección política e histórica de su dictadura que marca el ahora de Chile. Hasta nuestros días el país vive bajo un espacio judicial fraguado por las elites políticas y empresariales al amparo de la dictadura. Esto significa que la institucionalidad que nos rige es la obra política del dictador. Los jóvenes de Chacarillas se han convertido hoy en figuras relevantes de la extrema derecha, organizados en la UDI (Unión Demócrata Independiente), fundada por Jaime Guzmán, una de las eminencias del régimen. Los viudos de Augusto se han dado a la cruzada de salvaguardar la herencia del dictador, preservando en primer lugar aquella constitución construida a la medida de la derecha triunfante tras el golpe de estado.

Hasta el presente, el pinochetismo sigue vigente como ficción hegemónica en la derecha chilena. Travestido hoy con ropajes populistas, UDI-Popular, su líder Pablo Longueira ha sido capaz de convertir este partido político en el más numeroso del país, desplazando toda opción liberal en este sector político. Este maridaje entre el empresariado y sectores de las fuerzas armadas fue consolidado en Chacarillas y bendecido por el fundamentalismo católico expresado en el Opus Dei. Se podría afirmar que el pinochetismo logró anudar las fuentes históricas del pensamiento de derechas en Chile esto es, el nacionalismo, el conservadurismo católico y el liberalismo económico.

El golpe de estado en Chile fue el crisol que logró la síntesis de los diversos sectores que componen la derecha criolla. Este hecho singular fue posible ante la percepción de este sector de una amenaza común, más ficticia que real, que llamaron el “comunismo internacional” Esto explica aunque sea parcialmente, cierta homogeneidad en el pensamiento de derechas, anclado a un imaginario oligárquico de confrontación y amenaza que no ha sido posible superar. Por ello en la



actualidad se constata en la sociedad chilena un orden tecno económico de raigambre neoliberal y un orden político conservador en extremo.

Los viudos de Augusto siguen ordenando las filas de la derecha y condicionando el desarrollo de una frágil democracia de baja intensidad en una singular “modernidad oligárquica”, tal como señalan algunos teóricos. Lejos de debilitar esta visión, la muerte de Pinochet desplaza al espacio mítico su figura, cristalizando en las elites un pensamiento de extrema derecha capaz de sobrevivir al decurso histórico. Este hecho fundamental resulta ser un lastre para cualquier proyecto democrático serio, pues representa una oposición radical al cambio que es visto como un peligro a los privilegios de una clase exclusiva y excluyente. Por lo mismo, se podría aventurar que este tipo de pensamiento anidado en la derecha chilena es, también, un riesgo presente y futuro para las políticas de reformas democráticas.

### 3.- ¿Ha muerto Augusto Pinochet?

Hoy que soplan vientos de cambio en nuestra sociedad, es conveniente reflexionar sobre los alcances de un “mito operante” en el pensamiento de derechas. Una derecha que no adscribe a los cambios democráticos, sobre todo cuando se trata del sector hegemónico, es, insistamos, un riesgo para cualquier gobierno. Es claro que el pensamiento de derechas se ha atrincherado en su versión más dura, impidiendo su propia renovación desde su interior. Una derecha extrema no es garantía para un gobierno democrático que anhela reformas profundas al sistema político de manera pacífica. Mucho menos cuando este tipo de pensamiento se encuentra en muchos oficiales de las fuerzas armadas, muchos de ellos formados durante la dictadura militar.

Desde el llamado “retorno a la democracia” se ha silenciado el tema de las fuerzas armadas convirtiéndolo en los hechos en un “tabú”, políticamente incorrecto. Sin embargo, allí radica una de las claves para una reconstrucción democrática de Chile. No basta reclamar la asepsia política de los uniformados, se trata más bien de incorporar a los uniformados a los desafíos históricos que se está planteando el pueblo de Chile hacia un sistema democrático más justo y participativo. La dictadura militar no solo instrumentalizó a las fuerzas armadas sino que en rigor, politizó las instituciones castrenses. De hecho, hasta hace poco, la carrera militar culminaba en el senado de la república. Por ello, reclamar la “democratización” de las fuerzas armadas es un legítimo reclamo ciudadano para hacer de tales instituciones un factor de desarrollo social democrático en tiempos de paz.

A diferencia de lo acontecido en Alemania tras la Segunda Guerra Mundial, en Chile no hubo ningún juicio de Núremberg ni un proceso de desnazificación. Durante años muchos verdugos de la dictadura siguen anónimos e impunes, muchos de ellos incrustados en la casta política de la derecha. El “mito Pinochet” se afirma, entre otros factores, en la

impunidad de su propia muerte y la de los secuaces que le sobreviven. La ausencia de castigo ante los graves crímenes cometidos durante la dictadura envalentona a una derecha que sigue hasta el presente defendiendo el legado constitucional de la dictadura, sin atender siquiera a las miles de víctimas de aquel régimen de terror. De poco sirven las pruebas contundentes en torno a la violación de derechos humanos o el enriquecimiento ilícito de muchos cómplices de la dictadura y de Pinochet mismo. Hasta la actualidad, una derecha insolente desafía de igual a igual a los sucesivos gobiernos democráticos, vetando toda posibilidad de cambios. Se ha llegado al extremo de rendirle homenajes al extinto dictador a través de una serie de organizaciones espurias que han convertido a Pinochet en un lucrativo negocio.

¿Ha muerto Augusto Pinochet? La pregunta pareciera absurda cuando ya un ánfora contiene sus cenizas. No obstante, el mito Pinochet sigue vivo en el imaginario de las elites empresariales, políticas y militares. Todo cuanto representó el golpe de estado sigue plenamente vigente en sectores de chilenos. En este preciso sentido, la respuesta es no, Pinochet no ha muerto. Los fanatismos que suscita la muerte de Augusto exteriorizan comportamientos pre reflexivos nada fáciles de desarraigar. La figura del dictador ha marcado a una o más generaciones de chilenos que sienten los cambios democráticos como una amenaza a su “modo de vida” Augusto Pinochet sigue vivo en su constitución que prescribe un estado policial, sigue vivo en el fanatismo ciego de sus seguidores y, al igual que la peste, sigue vivo en los rincones más sucios de muchos cuarteles, esperando un momento de debilidad democrática para volver como una mortal epidemia sobre toda la sociedad.

## A Cuarenta Años: Crónica de un Golpe de Estado XV

### Lecciones de una dictadura

#### 1.- Paradoja chilena

A fines de la década de los años 80 del siglo XX, Chile y el mundo parecen inaugurar un nuevo tiempo histórico. Por aquellos años, cae el muro de Berlín, poniendo fin a la llamada Guerra Fría. Un cambio macro político destinado a abrir un nuevo curso a la historia de la humanidad. Al mismo tiempo, en Chile, un plebiscito sacaba al dictador Augusto Pinochet de la primera magistratura del país. Un cambio micro político que significó el inicio de un proceloso camino hacia la restauración democrática, un camino que después de 40 años todavía no termina.

Sin tener plena conciencia de ello, el nuevo escenario nacional, e internacional, nos ofrecía lo que podemos llamar “la paradoja chilena” Si bien el dictador se retiraba de la Moneda, refugiándose como comandante en jefe de su ejército, había dejado todo “*atado, bien atado*” para que la institucionalidad dictatorial siguiera presidiendo la política nacional por décadas. Con ello se garantizaba la impunidad de civiles y militares que habían actuado como verdugos, Pinochet el primero. Asimismo, se mantuvo un orden económico tremendamente ventajoso para banqueros e inversionistas criollos y extranjeros. Por último, se estructuró una legislación que dio garantías a los sectores de derecha

para preservar mayorías parlamentarias mediante el llamado “sistema binominal”

En pocas palabras, mientras el planeta entero enfrentaba una apertura inédita en la historia, preparándose para ingresar en procesos de mundialización, la institucionalidad chilena operó una clausura. Lejos de prepararse para cambios democráticos en la sociedad chilena, las elites locales se aferraron a una constitución heredada de la dictadura, acomodándose a ella. En una sociedad que hasta el presente se estructura casi como un régimen de castas, la constitución de Pinochet cristalizó una democracia oligárquica: clasista, excluyente y anti democrática.

De este modo, la dictadura de Augusto Pinochet fue el instrumento de una clase social para realizar el “trabajo sucio”, descabezando un movimiento popular ascendente a sangre y fuego, sembrando el territorio nacional de cadáveres. La barbarie en que se ha sumido la derecha chilena se prolonga hasta el presente bajo la forma de impunidad para los responsables – civiles y militares - de crímenes de lesa humanidad. Pero también en impedir la expresión democrática de las mayorías ciudadanas y en la represión de amplios sectores de chilenos que reclaman sus derechos, estudiantes, trabajadores.

En la hora presente y superada ya la falsa dicotomía que nos proponía como únicos modelos posibles el “socialismo real” de cuño soviético o el “neoliberalismo” de estilo occidental; surge en Chile, como en otros países de la región, la verdadera contradicción histórica y social que nos acompaña desde la independencia: Una democracia oligárquica que legitima la injusticia de los más o una democracia participativa que restituya la soberanía de nuestros pueblos.

## 2.- Dolores y enseñanzas

Las circunstancias históricas más aberrante y trágicas han sido también una ocasión propicia para el aprendizaje y la reflexión. El sufrimiento individual y colectivo pareciera ser un acicate que nos muestra el significado de ciertos acontecimientos, más allá de lo intelectual, más allá de la emoción. Ni entender la racionalidad política de una acción militar ni la consternación ante la barbarie parecen suficientes ante tanto dolor y tanta muerte. Para entender cabalmente ciertos acontecimientos se requiere además *“comprenderlos en su profundidad”* Esta comprensión está más allá de los conceptos y las emociones e implica una aprehensión que reclama un compromiso integral, pleno de intensidad y radicalidad, una genuina experiencia espiritual.

Desde una perspectiva tal, todo lo acontecido en Chile desde 1973 representa una degradación moral que solo puede avergonzar al género humano. El fatídico golpe de estado protagonizado por Augusto Pinochet ha significado, ni más ni menos, poner en entredicho la *“dignidad humana”*, violentando los cuerpos y la vida de hombres y mujeres, muchos de ellos, desaparecidos hasta hoy. Los actos inspirados en el fanatismo homicida, en la codicia y el egoísmo solo multiplican el sufrimiento en víctimas y victimarios. La barbarie pervive cuando sigue impune, pues solo la justicia humana puede redimir parcialmente la ignominia.

Ningún uniforme es suficiente para ocultar lo que somos. Abusar o asesinar a otro, sea en nombre de cualquier ideología o creencia, es abusar o asesinar a un semejante. Este *“saber moral”* es aceptado por laicos y creyentes y se inscribe por derecho propio entre los derechos humanos fundamentales: el derecho a la vida. Chile ha debido compartir su tragedia con muchos otros pueblos de la tierra, el momento amargo de su dolorosa degradación. Un dolor que se expresa en miles de torturados, asesinados, desaparecidos y en el luto de sus familiares. Un dolor que también se expresa en la vergüenza que ensombrece nuestro

país hasta nuestros días, un dolor que se llama impunidad y se llama desigualdad e injusticia.

Las nuevas generaciones de chilenos deben aprender a vivir con las cicatrices de un pasado triste y vergonzante. Sin embargo, por lo mismo, se les impone el desafío de restituir la “*dignidad*” a la vida en nuestra sociedad. La dimensión profunda de nuestra historia, espiritual si se quiere, nos concierne a todos y atañe a nuestra estatura humana. No se trata de una cuestión etérea, lejana y ajena, la “*dignidad*” se realiza en la vida concreta de los pueblos donde cada individuo encuentra un lugar para su realización. En el presente, los chilenos estamos llamados a construir nuevos horizontes democráticos, inclusivos, participativos, que conjuguen el crecimiento material con el desarrollo moral, dejando atrás la tristeza y el rencor del siglo precedente.

### 3.- Fuerzas Armadas: Tarea Pendiente

Democratizar un país consiste en lo fundamental en ajustar las instituciones al amplio tejido social de la nación a la que sirve. En este sentido, se hace indispensable reconfigurar la institucionalidad chilena y eso pasa por una nueva constitución para nuestra república. Este nuevo diseño solo puede emanar de la voluntad soberana de un pueblo, cualquiera sea la forma en que ésta se exprese. Democratizar Chile es poner todas las instituciones de un estado responsable como garantía de una vida digna para hombres, mujeres y niños nacidos en este país, sin importar su condición social, su credo, ideología u origen étnico. En un Chile democrático todos deben encontrar su lugar, sin exclusiones.

En ese Chile democrático corresponde abordar el complejo problema de nuestras fuerzas armadas. Hasta el presente, se trata de tópico que nadie quiere abordar, es un tabú político que los diversos partidos y figuras eluden, ignorando un aspecto fundamental para el presente y el futuro histórico del país. Plantear el problema de una profunda democratización de las fuerzas armadas es políticamente incorrecto, sin embargo, se trata de una cuestión insoslayable en los años venideros. Esto se explica, en parte, en el hecho evidente de que han sido las instituciones castrenses las que han protagonizado una dictadura atroz que nos avergüenza hasta hoy.

El papel de las fuerzas armadas en un Chile democrático no puede estar dissociado del curso histórico del país en su conjunto. La dictadura de Augusto Pinochet y su constitución de facto politizó en extremo a los institutos armados, llegando al grotesco de asegurar a los comandantes en jefe un sillón parlamentario, formando a generaciones de oficiales en doctrinas foráneas y anti patrióticas de “seguridad nacional”, que conciben a los sectores sociales oprimidos como un “enemigo interno” Esta profunda distorsión de la herencia de nuestros héroes sigue pesando en los cuarteles, convirtiendo a las fuerzas armadas en verdaderos gendarmes de un estado policial.



El Chile del mañana requiere de unas fuerzas armadas democráticas, garantizando el acceso a sus institutos de todos los jóvenes chilenos sin exclusiones clasistas como acontece en la actualidad. Las instituciones de la defensa nacional requieren recuperar un nuevo sentido de patriotismo, tan profundo como generoso. En tanto instituciones del estado chileno, no es aceptable que sean convertidas en cotos cerrados donde reina el nepotismo, como una entidad parásita y ajena a los problemas del país. Una democracia robusta no puede desarrollarse mirando al mundo militar como una amenaza presente o futura. Construir una nueva relación con los uniformados en un país democrático es uno de los grandes desafíos de Chile en el presente siglo, una nueva relación que deje atrás la triste historia que ya conocemos.

## Epílogo

Suele acontecer en la historia que tras muchas décadas se vuelve en espiral al mismo punto de partida, pero en un nivel cualitativamente distinto. El caso del golpe de estado en Chile, pareciera confirmar esta sentencia. Al observar las últimas décadas se constata que las razones profundas que llevaron en su momento, a la elección de Salvador Allende y su singular “vía chilena al socialismo” nunca han desaparecido. El fundamento último de la llamada Unidad Popular fue la aspiración de una parte importante de la población de ver realizadas sus aspiraciones de justicia social frente a una democracia oligárquica por definición desigual y excluyente.

Si bien el pasado, el presente y el futuro constituyen categorías temporales lo cierto es que el imaginario histórico y social se define más bien como una “experiencia histórica” esto es, como un tiempo vivido. En este sentido, todo “ahora”, tal y como nos enseña Benjamin, actualiza su pasado histórico como un “otrora” un presente diferido que adquiere una nueva significación en una circunstancia actual. Ese “otro ahora” no ha desaparecido de la subjetividad colectiva, está allí cristalizado en recuerdos, testimonios, imágenes, en fin, está inscrito simbólicamente como una posibilidad cierta. No se trata desde luego, de reeditar experiencias históricas sino de reconocer en ella su fundamento histórico y moral.

Desde esta perspectiva, la superación de la Guerra Fría y su falsa oposición entre un socialismo de cuño soviético o un capitalismo al estilo occidental, torna más nítido el carácter histórico político de la fisura latinoamericana. En efecto, en este “ahora” del siglo actual surge con

mayor claridad el imperativo de dejar atrás las formas arcaicas de una democracia oligárquica sedimentada desde los albores de nuestra independencia y cuya expresión más reciente es la constitución de facto impuesta por una dictadura militar.

La guerra de Augusto ha sido el intento más acabado de refundar un país, afirmando, al mismo tiempo, su tradición oligárquica. Esta empresa, empero, está llegando a su fin. Como señaló el mismo Allende aquel histórico 11 de septiembre de 1973: "Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos" Tales palabras adquieren hoy su sentido más pleno y profundo, pues las nuevas generaciones retoman los pasos de un proceso democrático cuyo sentido es el mismo de hace cuarenta años: el anhelo de una mayor justicia social para las mayorías.

Es cierto, otros son los protagonistas, otras las voces. Es cierto, muy diversas las circunstancias del mundo y de nuestro país. Otros los matices de la historia presente, mas los gritos y demandas en las calles nos traen los ecos de ese otrora que reclama su presente. Hay un sutil hilo de seda que atraviesa el tiempo aparente, diríase un mismo espíritu que anima dos épocas separadas por tanto dolor, por tanto silencio. Es la marcha humana de muchedumbres en las calles, hombres, mujeres niños, construyendo su destino en el océano infinito de tiempo y de historia, su propia historia.









